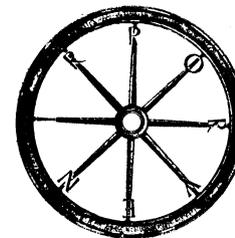


CARLOS ASTRADA

ganz1912

EL MITO GAUCHO

MARTÍN FIERRO Y EL
HOMBRE ARGENTINO



EDICIONES CRUZ DEL SUR

BUENOS AIRES

1948

OBRAS Y ENSAYOS DEL AUTOR

- El Problema Epistemológico en la Filosofía Actual (1927).
Hegel y el Presente (1931).
Progreso y Desvaloración en Filosofía y Literatura (1931).
El Juego Existencial (1933).
Goethe y el Panteísmo Spinoziano (1933).
Idealismo Fenomenológico y Metafísica Existencial (1936).
La Etica Formal y los Valores (1938).
El Juego Metafísico (1942).
Temporalidad (1943).
El Pensamiento Filosófico-Histórico de Herder y su Idea de Humanidad (1945).
Nietzsche, Profeta de una Edad Trágica (1945).
Sociología de la Guerra y Filosofía de la Paz (1948).

INTRODUCCIÓN

LA ESENCIA ARGENTINA

PARA un pueblo, toda posibilidad de grandeza surge de un gran comienzo, de un impulso inicial, de la tensión de un esfuerzo heroico como punto de arranque de la parábola de un destino. Una promoción humana ejemplar infundió un día un aliento de eternidad en una creación colectiva, volcó en el molde transeúnte del tiempo un programa de vida, una plenitud anímica, aprorándolos hacia el futuro a la conquista de gloria y de florecimiento. Así surgió una imagen viviente: la patria. De esta creación y su sustancia vivirían los hombres, y, puestos los ojos en ella, llevándola adentrada en el alma, afrontarían en común el sacrificio y el esfuerzo, la vida y la muerte.

Una nación no es el resultado de un proceso físico, sino que nace de un acontecimiento histórico, de un alumbramiento espiritual, y está bajo la advocación de un destino a realizar, de una misión que cumplir. Toda creación histórica verdadera trae a la vida una estructura anímica esencial que responde a una forma peculiar de convivencia humana. Este comienzo histórico, este impulso creador no puede ser abolido ni superado por lo que viene después;

no hay "progreso" que lo destruya o desvalore. Es un comienzo que seguirá operante e irradiando sobre las generaciones su influjo casi místico mientras exista el ser colectivo que lo ha comenzado y que con él ha advenido a la vida libre y soberana. Pero si este comienzo no puede ser abolido, puede, sin embargo, ser desvirtuado, falseado, traicionado. Es necesario entonces y se justifica el esfuerzo por retomar contacto con ese pasado, que es una esencia constante, que es germen viviente y vivificador.

Nuestra esencia argentina, tras un proceso soterrano de gestación histórica, cuyas alternativas y signos no interesan para la determinación filosófica y sociológica de su existencia, alumbró en Mayo de 1810, fecha de su auténtica partida de nacimiento. Al alumbrar marcó una discontinuidad, abrió un profundo hiatus con relación a todo un decurso pasado, durante el cual ella todavía no era, sino mera posibilidad, históricamente aleatoria, y que lo hubiera seguido siendo a no mediar el esfuerzo creador y alumbrador de los hombres de Mayo. Si no se hubiese producido aquella discontinuidad, no seríamos una nación, sino una colonia que después de fallido, o incluso exitoso, intento separatista o secesionista queda ligada a la metrópoli, dependiendo de ella política o espiritualmente. Nuestra guerra de emancipación no fué una guerra civil —como nos vienen a contar ahora los que, por pobreza mental y sectarismo confesional, viven extasiados esperando las ausentes consignas "intelectuales" y de "orientación" de la ex-metrópoli—, sino una lucha en la que nació a la vida de la libertad la patria y, con ésta, la esencia argentina, como un destino que, con sus peculiares dimensiones históricas y espirituales, era ya distinto, y se ha venido diversificando cada vez más del tronco originario.

Nuestra autonomía, que alentó ya antes de los comien-

zos políticos de la patria, nuestra secesión espiritual de España es una realidad que no cabe tergiversar, pues ella está manifiesta en el carácter y la orientación de la cultura argentina, así como en la preferencia por las fuentes de que ésta se ha nutrido. Es lo que certeramente, y de manera irrefutable, ha señalado Lugones: "Estamos, así, tan separados de ella, como ella misma del espíritu que animó a los primeros conquistadores. Lo que nosotros restauramos y seguimos restaurando, es la civilización por ella perdida; de manera que todo esfuerzo para vincularnos a su decadencia, nos perjudicaría como una negación de aquel fenómeno. Es ella quien tiene que venir a nosotros, la raza nueva, "la hija más hermosa que su hermosa madre", pero sin ningún propósito de influir sobre nuestro espíritu, más fuerte y libre que el suyo. América no será jamás una nueva España. Podría derramarse en ella toda la población de la Península, sin que por esto se modificara su entidad. El espíritu, esa fuerza que, contrariada, produjo la decadencia de la España fanática y absolutista, está inexorablemente separado. Es en el Nuevo Mundo donde va a reintegrarse la civilización de la libertad, contrariada por el dogma de obediencia que el cristianismo impuso hace veinte siglos. La historia eslabona, así, a nuestro destino ese grande esfuerzo de la antigüedad" (El Payador, págs. 141-142, Buenos Aires, 1916). En efecto, de la cultura greco-romana, a través del acervo humanista de la modernidad europea —al que llegamos por otras vías que España— hemos heredado, con su espíritu, el sentido democrático, como forma sustancial de convivencia, el cual es mucho más raigal que la democracia de tipo anglosajón, que importamos para estructurar nuestras instituciones políticas.

Ninguna interferencia de conatos al servicio de una servidumbre colonial podrá oscurecer o falsear el hecho ins-

taurador del advenimiento de la esencia argentina. Esta esencia, para cristalizar, para lograr concreción en función de lo telúrico y del medio social, en una palabra, para realizarse, ha debido primero potenciarse, plasmándose en un centro de fuerza, en un mito, el mito de la comunidad argentina, como suma de supuestos anímicos y emocionales referidos a los fines a que esta comunidad vital y espiritualmente se orienta en su devenir. De este centro de fuerza del mito fluye, como de su fuente nutricia, todo el proceso de su realidad histórica. en la multiplicidad de sus manifestaciones.

Al proponernos indagar el estilo integral de vida del hombre argentino en relación intrínseca con su comunidad política y, a la vez, explicitar el significado y alcance del mito de los argentinos, el mito gaucho, premeditamos una filosofía de la argentinidad, un ensayo de aproximación a la verdadera esencia argentina. Propósito que sólo puede realizarse mediante una amorosa toma de contacto con nuestros orígenes míticos, con el manantial repuesto, por lo olvidado y soterrado, de nuestra existencia histórica, y por un único camino, por el camino flanqueado de horizontes que, a través de la pampa y rumbo a su entraña misma, trae la fidelidad a un destino.

**RAÍZ, ESTILO Y PROYECCIÓN DEL
HOMBRE ARGENTINO**

1. El hombre argentino es una tarea.

EL hombre argentino tiene su filiación telúrica, anímica y espiritual, que sella y define su idiosincrasia ⁽¹⁾. En su llegar a ser, en su encaminarse a una forma, a un tipo que aspira y tiende por propia virtualidad a ofrecer rasgos perdurables y definitivos; en su futuridad, como impulso vital, él es necesariamente actualización de un pasado, de una modalidad humana consustanciada con la comunidad social y política en la que ella encuentra su integral posibilidad de expresión, en una palabra, es despliegue germinal de un estilo de vida peculiar. Este despliegue de la modalidad argen-

(1) Los supuestos antropológicos del presente ensayo, en un aspecto, se toman en el sentido kantiano de una antropología pragmática, es decir con referencia a lo que el hombre puede hacer de sí mismo por obra de su carácter moral y del influjo que recibe de los hombres que, con él, habitan el mismo suelo nativo; además, por otra parte, sin contar, de manera exclusiva, con las predisposiciones insitas en él y heredades, sino también con el medio físico. Teniendo en cuenta esto último, involucramos en lo "telúrico" los factores suelo, clima y paisaje. Uso perfectamente autorizado de la palabra en esta acepción complementaria del punto de vista de una antropología psíquica y cultural. Hoy sabemos que el hombre no es únicamente producto del *medio*, como, hace cien años, lo pretendió la teoría de este nombre, ni sólo producto de sus antepasados, como lo preconiza, con criterio unilateral ya superado, la antropología física y biológica. Las enseñanzas aportadas por la teoría mendeliana de la herencia nos fuerzan a reconocer que el hombre y todos los seres vivientes traen al mundo virtualidades, una serie de predisposiciones vitales que devienen realidad por acción del medio físico (temperie, clima, suelo, paisaje). Las cualidades reales en que se transforman las posibilidades o predisposiciones, que traemos al mundo como herencia, son el resultado del medio, tanto físico como social, y están en función de sus factores integrantes. En la plasmación y dife-

tina, devenir e incremento de su realidad histórica, arranca de un mito, que es tarea, es decir prospección, el cernerse en el tiempo de una esencia, el transvasarse a un molde presente y renovado de una sustancia inalterable, en su plasma originario, pero siempre susceptible de nuevo troquel, el que, a su vez, requiere nuevos y constantes pulimentos.

No sólo por los elementos heterogéneos que inciden formativamente en él, sino asimismo por la dinámica de la proyección en que va lanzado hacia el horizonte histórico, es un hombre en proceso de integración. Pero ya en el metal humano en el crisol se recorta su perfil original como módulo de vida en que aparecen escorzados la personalidad, los ideales y ensueños de nuestra venturosa comunidad política, como también aparece dibujado en él el anhelo de enraizamiento en el humus nativo, el impulso que lo lleva a degustar, lo mismo que el árbol, el bienestar que se siente en el hondón de las raíces. Vale decir que es el hombre de nuestro clima y de nuestra historia, al que la tierra argentina con su influjo múltiple ha venido moldeando, hacién-

renciación de las estructuras antropológicas, el *genus loci*, el influjo anímico del paisaje, representa el factor constante y también determinante de las diferenciales peculiaridades nacionales permanentes; en cambio, la sangre, sujeta al proceso cambiante y declinante de la vida, es el factor variable que da cuenta de las modificaciones, variaciones e interferencias que se acusan en aquéllas. Las fuerzas telúricas actúan, pues, de modo más enérgico y constante que las de la sangre en la estructuración de un tipo de hombre como asimismo en las propiedades de razas y pueblos. Esto explica el fenómeno —inexplicable para la antropología somática— del rápido proceso de asimilación que de lo sanguíneo —heterogéneo— realiza la tierra americana, visible mayormente en la Argentina y Estados Unidos de Norte América. El sabio principio del *jus soli* es, más que un principio jurídico, una fuerza actuante y constante. Los tipos humanos son variables bajo la influencia del medio ambiente; el problema, aún no resuelto por la antropología cultural, es saber en qué medida. El hecho es que individuos de la misma raza se diversifican psíquica y somáticamente cuando viven en condiciones climáticas y sociales diferentes. La influencia del suelo y del paisaje sobre las propiedades somáticas y anímicas del hombre es innegable. En esta dirección, la *Geopsique* y los más recientes aportes de la Climatología han abierto amplios horizontes a las investigaciones de la antropología cultural y también de la biológica.

dolo suyo en la medida en que le infunde sus esencias y lo hace depositario de su mensaje. Como expresión cabal de un tipo humano definido, de trama anímica acabada, con caracteres étnicos y espirituales bien acusados, el hombre argentino es, sin duda, un ideal, un modelo lejano, pero un ideal al que se encamina el hombre argentino real, el de hoy, el que, dueño de sí mismo, ahonda su huella en el suelo nativo e inquieto y generoso, poseído de vocación universalista, también toma su parte en los anhelos del mundo. Peregrino del trabajo y la creación sobre los caminos infinitos de su solar privilegiado, avizora, a flor de pampa, rutas ecuménicas.

No obstante el inacabamiento y el hacerse en que se encuentra nuestro hombre, hay un estilo argentino, y el hombre nacido en nuestro predio, aunque anude su nexo sanguíneo en otras latitudes, es también impronta viva de este estilo. No es, pues, un hombre acabado en la totalidad de sus rasgos fisonómicos, con notas psico-vitales inalterables, sino algo todavía plástico, que afanosamente busca su forma consistente, síntesis armoniosa de las más heteróclitas peculiaridades raciales, en la que un día se estampará muy hondo, indeleble, el sello de aquel estilo anímico y telúrico que, como virtualidad señera, germen de altísimo destino, estaba ya en la esencia misma de la argentinidad, en la vocación prócer de los fundadores.

En su actual formato espiritual, el hombre argentino, por su actitud humana, por su fervor por lo noble y grande, revela el señorío de una estirpe, brote nuevo de una muy vieja hidalguía. Vivaz de inteligencia, rápido en la concepción y en la asimilación, frecuentemente improvisador y repentista, tanto en la producción intelectual como en la acción política y la vida de convivencia, suele entregarse a un esfuerzo intermitente y variable en su dirección y asimismo aparecer como un virtuoso del entusiasmo por el entusiasmo

mismo. Todas estas disposiciones temperamentales tenderán a concretarse, con predominio de los rasgos positivos, en un tipo humano cuya personalidad se irá dibujando con trazos cada vez más firmes a medida que vaya siendo más consistente la vertebración de su carácter. Porque es el carácter, junto con la continuidad en el esfuerzo, con la constancia en la persecución de los fines propuestos a la voluntad, lo que define la personalidad, le da sello y la enfrenta productivamente, con impulso creador, a una tarea, a una obra digna de los desvelos humanos y del destino y de las esperanzas de la comunidad a que ella pertenece.

Si el ser, nuevo y plástico, del hombre argentino nutre sus posibilidades vitales por absorción de los jugos de nuestra tierra, saturándose de su atmósfera, en cambio su alma, antena supersensible para las ondas lejanas, se ha abierto con extrema docilidad a todas las sugerencias, tanto las favorables como las contrarias a su desarrollo, de la cultura europea y de la universal. En este sentido, ella no ha sabido en todo momento mantener en vilo, sin peligro para la subsistencia de lo vernáculo y sin olvido de su acervo, su apetente curiosidad, que dirigía, inquisitiva y enajenada, hacia todos los rumbos de la rosa de los vientos. Ahora, sin cerrar su estructura anímica a lo valioso del aporte forastero, más capacitado, por la experiencia adquirida, para distinguir con criterio estimativo entre lo propio y lo ajeno, nuestro hombre tendrá que aprender, y está ya aprendiendo, a organizar y jerarquizar su curiosidad, a depurarla, a ponerla en íntimo acuerdo con las esencias propias y, en consecuencia, a dirigir mejor sus preferencias universalistas. Sólo por este camino, que arranca de su propio ser y a éste conduce de vuelta, él encontrará su centro, el del equilibrio de su generosa alma latina y entonces habrá aprendido a vivir de dentro hacia afuera.

2. *El ser del hombre argentino.*

Estos rasgos fisonómicos, notas psicovitales y caracteres típicos fundamentales, y muchos otros, resultado del aporte foráneo que han venido a conjugarse con ellos por asimilación, son expresiones de un ser, del ser del hombre argentino, son firmes trazos ontológicos que surgen desde un origen, y ya sabemos que los orígenes se velan por el olvido, y que el camino que conduce a ellos no es fácil de retomar y recorrer, sobre todo cuando el olvido ha sido largo y ha ido acompañado de un voluntario extrañamiento del ambiente nativo y del acervo raigal de la propia estirpe. El origen está siempre en una repuesta fuente mítica, de la que nace y fluye toda existencia histórica. Así, el hombre argentino viene de un plasma mítico, de un arquetipo germinal, de un origen, que él olvidó y que, so pena de desertar de sí mismo y traicionar su esencia, tiene que retomar para mantener la continuidad y progresión de su ser, encaminándolo a su florecimiento.

¿Qué es el ser del hombre argentino? Es decir, ¿qué somos, y cómo somos en el troquel de nuestro mito? Apenas formulada la pregunta, nos sale al paso la respuesta, que reza: el hombre argentino, hombre de la pampa, posee una forma peculiar de existencia. Para desentrañar el significado de esta afirmación, no necesitamos rastrear una génesis ni perfilar un impulso histórico-evolutivo, aunque ello pueda representar una indagación complementaria, dispensable en este caso, sino que nos basta iluminar una presencia, una intención humana; ver al trasluz un ser, vale decir un ademán ontológico, con sus raíces telúricas y espirituales, consignado a su órbita propia y con su posible proyección temporal.

El ser del hombre es un imponderable dinamismo, iluminado por el espíritu y disparado sobre las dimensiones contingentes del cosmos histórico en pos de la plenitud de sí mismo y de un rumbo y una labor que cumplir más allá de sí mismo. En su irradiación esencial, en su voluntad de trascendencia es una flecha que se afana por un blanco remoto, pero cuya vida y tarea son su movimiento mismo, la tensión de su vuelo, su intención nunca dormida. ¿En qué dirección vibra, qué tarea se ha impuesto y qué meta busca el hombre argentino? Para saberlo, necesitamos precisar la actualidad inmanente de su ser, poner al descubierto su estructura esencial y sus posibilidades, en función del mito del cual es oriundo. Conquistar estas precisiones no es, para nosotros, argentinos, algo sólo susceptible de "puntos de vista" teóricos y estrictamente "objetivos", sino una desazón que nos punza y angustia. Más aún que un problema inquietante, es una incisión abierta en nuestro destino en ciernes, el que se siente e intuitivamente se sabe en la encrucijada de las posibilidades y de una renovada decisión; es una acuciosa oportunidad existencial, de la que, según como la afrontemos y absolvamos, depende el rumbo y la suerte de nuestras realizaciones y de todos nuestros contenidos vitales, como asimismo el de las expresiones culturales propias de nuestra humanidad histórica, en trance de acesión a la universalidad.

Proponernos develar la estructura esencial del hombre argentino tiene, pues, para nosotros, un sentido de urgencia solícita con respecto a nuestro propio ser y a nuestro porvenir existencial y vital. Es, en un esfuerzo por recogernos de la dispersión, afanarse, en la inmensidad de la pampa, por una ciudadela espiritual en que fortificar una esperanza contra el asedio de la desolación cósmica, contra la presión del ténpano de la soledad telúrica; es, sobreponiéndonos a

nuestro dolor de sentirnos, por momentos, náufragos, decidirse a bracear en este mar sin espejismos para alcanzar la tierra firme de una certidumbre, el *bathos* en que hundir y estabilizar raíces.

El hombre, por la estructura esencial de su existencia —estructura subyacente a su existir— es primariamente un ser distante, excéntrico, es decir que, para él, el ser de su existencia es lo más lejano, al contrario de su vida psicofísica, que es lo más próximo e inmediato. En esto consiste la viviente paradoja existencial que es el hombre: lo que lo define de modo esencial, su ser, es para él lo más remoto con relación a las cosas circundantes e inclusive a su persona física. Así, la revelación y posesión de su existencia sólo las adquiere por retorno, por un retomar o asir su ser desde ese alejamiento ontológico. El hombre argentino, hombre pampeano —y esto ya nos dice que posee una forma privativa de existencia, que requiere comprensión y elucidación— es constitutivamente un ser de la lejanía, vale decir que es doblemente excéntrico, y a cuyo existir le es, a veces, difícil recuperarse por retorno, recogerse en su propio e inmanente impulso. A él no siempre le es dable, sin esfuerzo, centrarse en su peculiar existencia, y desde ésta establecer y señorear un equilibrio con su contorno físico, y uno de convivencia o coexistencia con su contorno humano. Todo su ser es, en ocasiones, no infrecuentes, una sombra en fuga y dispersión sobre su total melancolía, correlato espiritual de la infinitud monocorde de la extensión. Ontológicamente, la melancolía es aquí una inercia totalizadora. Totaliza la sombra de un ser sin dejarnos entrever la imagen inestable y oscilante que la proyecta sobre la reiterada y total monotonía de la pampa. De aquí que la existencia del hombre argentino no haya podido, sin dificultad, aferrar la posibilidad de retomarse de esta fantasmática proyección de su ser, de afir-

marse y centrarse en sí misma. Disparada casi automáticamente al limbo de lo remoto y borroso, no tiene conciencia lúcida de sus potencias en ciernes y busca insegura la lumbre acogedora de los caminos que pueden conducirla a su madurez y logro.

No obstante haber surgido nuestra forma de vida de una civilización de trasplante, se da en ella una ecuación existencial distinta de la que caracteriza a la civilización originaria. El hombre argentino, como hombre de la pampa, no es ni europeo ni primitivo; su forma de existencia es distinta tanto de la existencia de alta civilización, la europea, como de la primitiva. Sus contenidos anímicos, bien originales, difieren de los de la existencia primitiva; no tiene, como el alma del primitivo, relaciones reguladas por fuerzas demoníacas con la naturaleza, sino que su vivencia de ésta se resuelve en una entrega fatalista a su poder. Aunque está anímicamente vinculado a la tierra y es parte del humus nativo, su pie no retoma sin esfuerzo, sobre el inmenso predio pampeano, una huella cotidiana —esa huella marcada por el hombre europeo en su trato familiar con la tierra, en su ir a ella y venir de ella, comercio íntimo con el surco, en el que éste ha devenido parte y prolongación de su personalidad—, sino que su paso es del transeunte descentrado y sorbido por los horizontes. Mientras el existir del hombre de la pampa es un impulso errático, atraído por el imán de la lejanía, la ausencia de todo límite, lo que hace que su llegar sea ya un partir, tornándosele difícil el quedarse y reposar en su propio ser, recogido en el contorno, la existencia europea logra en todo momento centrarse en su paisaje nativo y en sí misma. El alerta que lanza el cuidado, la preocupación solícita la hace retomarse fácilmente de la excentricidad propia de todo existir. Puede, así, acometer su

tarea intransferible y esforzarse por imponer forma original a sus contenidos vitales y a sus actividades y programaciones espirituales.

3. *El paisaje originario, o mítico, del hombre argentino.*

La pampa, la extensión ilimitada, como paisaje originario y, a la vez, como escenario y elemento constitutivo del mito, he aquí nuestra Esfinge, la Esfinge frente a la cual está el hombre argentino. La pampa, con sus horizontes en fuga, nos está diciendo, en diversas formas inarticuladas, que se refunden en una sola nota obsesionante: ¡O descifras mi secreto o te devoro!

No es empresa fácil ni placentera enfrentarse con la Esfinge; no es una oportunidad contemplativa ni un problema hacia el que vacamos por ocio o mera curiosidad intelectual, sino el primer acto de un drama que se desarrolla en nosotros mismos y en cuyo *tempo* y ámbito viene a inscribirse nuestro destino espiritual e histórico. Desdoblándonos para asistir al drama en que somos actores, tenemos, ante todo, que ver y destacar, a fin de apartarlas, las dificultades que nos cierran el acceso al enigma. Para ello hemos de volver la mirada a los senos espirituales y emotivos del alma del hombre argentino y afincarnos en esta certidumbre primaria, anterior a todo examen y que tiene la fuerza de un sino: somos hombres de la pampa y llevamos adentrados su desolación y su misterio, ese estremecimiento con que se acusa en nosotros la presencia tácita del mito.

El vago contorno pampeano es el contorno mismo de nuestra intimidad, la atmósfera despoblada y yerta que nuestros contenidos expresivos deben transponer antes de

llegar a los seres y las cosas. Así como no podemos saltar por encima de nuestra sombra, tampoco nos es dable desprendernos de este contorno, que es parte de nuestro ser. Lo confirma una experiencia decisiva: cuando estábamos lejos del predio pampeano, a merced de la alucinación de las urbes europeas, nos acaecía que de pronto nos sentíamos dispersos, desamparados en una zona desértica, superpuesta, o mejor, infrapuesta por arte mágica al plano de nuestro comercio con los valores de la cultura europea, valores cuya universalidad posee su raigambre, precisamente, en la entraña histórica de aquellos pueblos; nos sentíamos acometidos por una especie de discontinuidad interior, por un silencio emocional. Un silencio lleno de la sombra de noches lejanas. Era el enigma de la pampa, que viajaba a nuestra vera.

La pampa no es exclusivamente el medio físico, sino incluso ya una definida modalidad o estructura existencial del hombre argentino; vale decir que es también pampa espiritual. Ella es el plano horizontal sobre el que se proyecta y dispersa su ser, todavía un tanto impreciso. Si Thales de Mileto, al formular su cosmología, sentenció que, en cuanto a realidad, el hombre no es nada y el agua lo es todo ("no es el hombre, sino el agua la realidad de las cosas"), nosotros inmersos en la extensión, que adquiere el rango de un elemento cósmico primordial, podemos afirmar que no es nuestro hombre, sino la pampa, la esencia de la realidad, de su realidad misma, el constituto de su estructura ontológica. Efectivamente, en la pampa, el hombre no es nada y aquélla lo es todo, es decir es un todo que totaliza la dispersión y nihilidad de un ser, diluído en ese todo sin partes, absorbido por él.

La intención espiritual, el ademán ontológico del hombre argentino no acaba nunca de trascender el enorme ente

cósmico que es la pampa. Ésta, infinita y desolada, es la ausencia de las cosas familiares, de las circunstancias habituales que, de acuerdo a los implícitos propósitos e intenciones finalistas de la existencia humana, configuran un mundo circundante, el contorno de un paisaje humanizado. El efecto dispersivo que la llanura produce sobre el hombre que la habita, y la perplejidad inhibitoria en que lo sume, fueron bien notadas por Sarmiento: "¿Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver... no ver nada?, porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se aleja, más lo fascina, lo confunde y lo sume en la contemplación y la duda. ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que ve? La soledad, el peligro..."

La pampa es el plano espiritual por el que se desperdiga y tórname errático nuestro existir, perfectamente simbolizado en el ambular del gaucho Martín Fierro. Como consecuencia de la dispersión en que flota, invade al habitante de nuestras llanuras la melancolía, que es asimismo un plano horizontal recorrido, en fuga, por el devaneo imaginativo, divagar que más de una vez ha sedimentado en magníficas expresiones literarias, pero que, a causa de su discurrir errabundo y su repentismo, no ha sabido estructurar intelectivamente una cosmovisión, para centrarse en una actitud y encontrar apoyatura y sostén en medio del acontecer cósmico, frente al poderío de los elementos. Aristóteles hace arrancar de la melancolía el impulso que nos lleva a la metafísica. El hombre argentino, en su inacabable deslizarse sobre el plano de la melancolía es, en sentido particular, un metafísico de su propio destino, lo que cierta-

mente no quiere significar que su vocación lo lleve a remar en la metafísica, a operar una trascendentalización de las tendencias y contenidos de su propio ser. No llega a la metafísica porque no acaba nunca de recorrer su dilatada melancolía. Él está siempre más allá de su vida, la que disparada hacia horizontes inciertos y movibles, que apenas velan un fondo inmutable —la pampa—, se diluye y quiebra en mirajes lejanos. Aquí está quizás la raíz de la aptitud del argentino para comprender otras culturas, para penetrar en otras formas de vida. Nadie más apto y dispuesto para transmigrar comprensivamente a través de culturas extrañas, de otros destinos anímicos, que el argentino, y también el ruso, almas esteparias en eterno peregrinaje allende los últimos lindes de la propia alma, pero donde quiera que ellos vayan los sigue, como fantasmas subyacentes a su ser, la pampa, al uno, y la estepa, al otro.

Es tal el hechizo que la lejanía, el esfumarse de todo límite, ejerce sobre el hombre argentino, que su ser, en un dramático intento por trascender, es un proyectarse hacia un horizonte que constantemente se aleja y dilata, sin que a este ser se le brinde naturalmente la posibilidad de retornarse, de estabilizarse en una firme tesitura ontológica y hallar, por añadidura, el centro de su gravitación anímica. Es el drama existencial —ya transpuesto, desde luego, al plano de la conciencia intelectual— del hombre anonadado por la extensión y entregado a una radical soledad telúrica. Sobre la infinitud de la pampa —invitación a huir de sí mismo, a vagar sin rumbo, al azar—, el hombre argentino, bloqueado por la soledad, presa del aburrimiento, diluido en la melancolía, es, ni más ni menos, que átomo pronto a desplazarse y disiparse en el pampero, que diríasele acicate y vehículo para su dispersión. De aquí que él sea una exis-

tencia extrañada de sí misma, ausente, extravertida en la extensión, identificada con la monotonía de la llanura y con la inestabilidad de sus elementos.

En el hombre argentino, en su disposición anímica fundamental, se trasunta una entrega descubierta y casi total al acontecer que, potente y ciego, avienta y anonada, por propia ley, toda vida; hay en él la resignada propensión a dejarse mecer, sin voluntad, con inerme fatalismo, en la potencia proteica de los elementos, a ir adherido, como partícula inerte, al flanco de su dinámica, disparada con singular violencia sobre la llanura sin término. Ciertamente que ésta, antes que suelo apropiado para la morada del hombre, es escenario grandioso para el vórtice cósmico de los huracanes y las tempestades. Aquí el viento no es viento en las velas; frecuentemente éstas no conocen la tensión —impulso viajero— por obra de la racha propicia, sino que el viento, el terrible viento de la pampa, es a menudo huracán devastador, torbellino que sacude y dispersa la vida del hombre, todavía humus sin suficiente fuerza de coagulación, a merced del ala potente del pampero. En la pampa, donde surgieron improvisados los pueblos, como tiendas de una caravana errante, de hombres en tránsito y todavía inseguros de su rumbo vital, ¿quién no ha visto alguna vez cómo estas tiendas —zinc y madera— eran desmanteladas en un segundo por el huracán?

Los ríos, en nuestra llanura, no son tampoco los amigos naturales del hombre, cursos confluentes con su existencia, “camino que andan” y que se ofrecen como incitación a las iniciativas humanas, a la empresa fluvial, sino muchas veces torrentes desbordados que todo lo arrasan. Aquí, vivir no es navegar, como en el lema antiguo, sino, con frecuencia, preocupación por defenderse de la corriente arrolladora, por sustraerse a su ímpetu destructor. El hombre de la pampa es un navegante frustrado, en actitud defensiva frente al lí-

quido elemento. Descontada la parte que la naturaleza tiene en esta postura, hay que ver en ella, también, la consecuencia de un atavismo racial. Con acierto, observó Sarmiento que "el hijo de los aventureros españoles que colonizaron el país, detesta la navegación, y se considera como aprisionado en los estrechos límites del bote o la lancha".

La soledad telúrica de la pampa, que nos oprime, es la soledad de una tierra en la que, por ser débil aún la raíz humana de la convivencia, ésta carece de acentuada proyección existencial, y también de la pasión que lleva a los hombres a encontrarse y compenetrarse recíprocamente, bajo la constelación de un destino común. Es que la pampa se ha transformado, con los caracteres rúnicos de su silencio, en la expresión del mutismo y de la soledad del hombre argentino, a pesar de que el mito, consustancial con el esquivo misterio de la llanura, reclama, desde su piélago dormido, lemas vitales y cantos de marcha, es decir prospección y nueva vida en la comunidad de las almas. Y así como toda gleba, después de una seca prolongada, pide agua en el ardor que la esteriliza y la calcina, nuestro paisaje nativo, infinito regazo para un nuevo Dios creador, está pidiendo, esperando, en su desolada presencia cósmica, el abrazo amoroso y beligerante del hombre, la raigambre invasora de las generaciones (¡una Argentina de cien millones de habitantes!) que, al vulnerar su cuerpo virgen, lo humanicen, le den un alma, lo transfiguren en la convivencia y en el verbo.

4. *El contorno físico y humano en función del mito.*

La lucha del hombre para bosquejar su contorno y limitarlo anímicamente, para plasmar e interpretar el mito vital de que es oriundo, es el origen de toda comunidad capaz de expresarse y reflejarse a sí misma en las creaciones del

espíritu y, merced a éstas, de pervivencia histórica. Recordemos, en su ejemplaridad, el milagro de Grecia, que floreció sobre el océano del mito más fecundo que haya conocido la humanidad.

El hombre occidental, en la aurora del pensamiento griego, se enfrenta con las cosas en su totalidad, con el conjunto de los elementos cósmicos y con el sustrato telúrico de su mundo circundante. Atento a su auto-formación humana, los interroga persistentemente tal como ellos son, y en esta sostenida interrogación funda la ciencia y recrea y pule el mito alucinante de su propio destino, e insufla en él su entusiasmo, su fervor. A pesar de su impotencia ante las cosas en su totalidad, las sigue interrogando. Así, su pensamiento deviene porfiado esfuerzo de develación, simbolizado en la ciencia y en todas sus creaciones espirituales. Lucha por arrancar a las cosas su secreto, y este combate con el ser cósmico va trazando el cauce para una corriente histórica, para el discurrir de un afán colectivo. El instrumento maravilloso en que se va transformando su ciencia, sabe, no obstante, de su impotencia última ante el destino, el que, para el griego, significaba una fuerza omnipotente y lejana, ante la cual su primer deber era recordarse de que él era hombre. Pero aquel saber no paraliza el esfuerzo, y los griegos siguen firmes en su empresa. Unidos por este conato, acercados, con vínculo de ciudadanía espiritual, por el hacer que es su ciencia, y de frente al misterio, emprenden la marcha, vale decir comienzan a estructurar su cosmos humano.

La ciencia, para los griegos, no es pasiva contemplación, no es un mero bien cultural, un conjunto estático de resultados ni sólo un recurso o expediente para tornar consciente el gran flujo heraclitano de lo real, sino una potencia, un operar que mantiene alerta y en tensión al espíritu ante la rebeldía de las cosas, bajo el tormento cósmico. Este operar

de la ciencia, resultado de una indeclinable actitud inquisitiva, era un aproximarse a la esencia de las cosas, para incorporarlas, con el pensamiento, y en vista a satisfacer las intenciones finalistas del espíritu, en el orden de la praxis, al ámbito de la existencia. De este modo los griegos enraizaron en una nacionalidad, lograron unirse por un lazo espiritual y político, colocándose con decisión frente a las cosas en su totalidad. Su interrogar es ya acción, es el primer acto del drama humano del griego; es la afirmación de un destino político y, por ende, espiritual frente a la naturaleza, a cuyos elementos tal acción u operar los pone en función del hombre griego.

En su lucha con las cosas, vale decir en su acercarlas al drama de su existencia, el pensamiento griego crea su paisaje, sobre el que se proyecta, humanizándolo. Ríos, árboles, montes y grutas devienen entidades o elementos que están presentes hasta en las creaciones de la especulación más elevada y, en apariencia, distante de la realidad cotidiana. Así, el Illis, con el rumor de su fluir sereno, es una cosa viva, casi un personaje de algunos de los diálogos platónicos y, a su vez, el "copudo plátano" acoge a su sombra, como un número, a Sócrates y sus interlocutores.

En este comienzo griego de la existencia histórica tiene su fuente la cultura occidental. Los pueblos europeos, a base de la conservación e incremento de esta herencia, enfrentándose a su modo con las cosas en su totalidad, han podido realizar su propio destino. Sin duda, el carácter primario y trágico de aquel interrogar de los griegos se ha perdido, ha quedado en gran parte sepultado por posteriores adquisiciones y por el olvido en que se velan siempre los orígenes. Pero la misión de vivir, sólo en permanente combate con las cosas, dilacerada por el enigma del ser, puede adquirir con-

ciencia de sí misma y expresarse en un destino cultural, en una forma de existencia, sellada por un estilo. Los hombres integran una comunidad, con raíces en el tiempo y asidero en un espacio acotado por su contorno vital, sólo en la medida en que se esfuerzan por llevar a plenitud un destino social en las múltiples formas expresivas de una cultura. Este destino ya está en germen en el mito del que nacen y se nutren las posibilidades históricas de toda comunidad humana.

5. *El hombre argentino y su mito.*

Nuestra existencia histórica ha surgido, como de un manantial originario, del mito, uno de cuyos elementos constitutivos es la pampa misma. Si dirigimos nuestra mirada a la intemperie cósmica de la pampa, a su desolación telúrica, podemos atisbar los primeros impulsos formativos que afloran de nuestro mito, y asistir, siguiendo la línea de su desarrollo, a todo el proceso de la lucha del hombre argentino por crear su paisaje, por acotar y preservar su ámbito vital. Veremos cómo desde el fondo plástico del mito de los argentinos, el mito gaucho, tal como se nos ofrece en la vivencia pampeana de Martín Fierro, surgieron los lineamientos rudimentarios, pero básicos, de esta lucha y sobre ellos la tarea de levantar sobre la pampa, bajo la Cruz del Sur, una comunidad política, justa y libre, y asentada en lo vernáculo. Es precisamente por imperativo de tal misión instaladora que, en medio de la llanura infinita, se yergue el gaucho, en pugna anímica con la extensión y los elementos cósmicos y telúricos, para trazar la órbita de un destino.

¿Qué es el mito, en la acepción en que aquí empleamos y valoramos la palabra, o sea en el sentido positivo y vigente de su significación filosófica? Y ¿cuál es el mito de los argen-

tinios? El mito no es únicamente producto de épocas primitivas o pre-históricas de la conciencia popular, en las que ésta vela en la sombra germinativa de los orígenes, sino que él puede plasmarse e incrementarse siempre de nuevo, tanto en un incipiente como en un elevado estadio de la cultura. Cuando esto acontece, el mito, resurrecto, actúa como fermento en la vida histórica de una comunidad y en todas sus empresas de orden espiritual e inclusive en la programación de sus tareas pragmáticas. En este último sentido, debemos comprender y valorar el mito como la forma y la aneja disposición anímica en que el hombre, en tanto unidad inescindible, adherido a un suelo nativo y saturado de sus esencias, contempla figurativamente, es decir en imágenes, las omnipotentes fuerzas del ser y sus manifestaciones telúricas y vitales. Retomar un mito supone el retorno a un módulo de vida nutrido e impulsado por las auténticas potencias de un gran símbolo viviente. Tal es, para los argentinos, el mito del gaucho, troquelado, en el poema de Hernández, en la figura simbólica de Martín Fierro.

Mito de los argentinos o mito gaucho es, pues, el conjunto o totalidad de supuestos y enunciados anímicos y emocionales de nuestra comunidad humana, relativos a la finalidad, aún sin explicitar, a que esta comunidad tiende instintiva y vitalmente. El hombre argentino no sólo reencuentra sus sensaciones, afectos y voliciones en los seres y las cosas abarcados por esa totalidad de supuestos, sino que él también es determinado, en la manera de concebirlos y comportarse frente a ellos, por sus momentáneos estados de alma, siendo llevado a forjarse ciertas representaciones o imágenes sobre la relación de seres y cosas con su propia existencia. Estas cosas son, en primer lugar, los fenómenos de la naturaleza, con su influjo sobre la vida del hombre, tales como

el viento, la noche, (alternativa de luz y sombra), las nubes, las constelaciones y, sobre todo, para el hombre argentino, la extensión, fenómeno de proyección cósmica.

En este estadio del mito, en general, la existencia humana está consignada a la preponderancia de las cosas, enteramente absorbida por éstas, sintiéndose indefensa y sin asidero frente al poderío de las mismas. En este estadio tienen su origen las primeras figuraciones poéticas de nuestro mito; la pampa indiferenciada es su objeto mismo, su personaje protagónico. Sobre esta primera concreción del mito, en su forma de naturaleza, surge la unitaria y más o menos uniforme estructura del mito del héroe, el gaucho, con cuyos rasgos se entretajan recuerdos históricos. Estos rasgos y caracteres, acendrados en un estilo típico de vida, el del gaucho, reclama el estro, la fuerza formadora, modeladora, de los poetas. Nace, así, nuestra poesía gauchesca, que, con insipiencia respecto al significado mismo del mito, trata de interpretarlo, de estrechar su meollo, a través de sucesivas plasmaciones, de las que dan cuenta las obras de Hidalgo, Ascasubi y del Campo, hasta que nuestro mito logra su expresión máxima y esencial en el poema de Hernández. Éste, al recoger su poesía pervivente y documentar el *Epos de la argentinidad*, nos ha dado una cosmovisión épico-telúrica y también política, recortando sobre la extensión, con trazos recios y perdurables, la silueta del gaucho Martín Fierro, del centauro pampeano.

El gaucho no es, entonces, *un mito*, en el sentido de que él sea o represente históricamente un tipo humano que ha existido, pero que ya no existe, sino que nosotros, argentinos, poseemos el mito gaucho como expresión de un **estilo** biológico y anímico siempre capaz de nueva vida a través de sucesivos avatares y transformaciones. Este mito del **gaucho** es nada menos que el plasma vital y espiritual de **nues-**

tra estirpe que, desde su brote inicial, se viene prolongando en el tiempo; es la iteración y refloramiento de un arquetipo humano, encarnándose en las nuevas promociones, las que, al renovar y enriquecer un acervo tradicional, aseguran la continuidad histórica de la comunidad argentina.

6. *El hombre argentino arquetípico y su progenie de parias.*

El gaucho, es decir el hombre argentino tal como emerge del seno del mito, es el cimiento de nuestra vida nacional; en su roca viva se asentó la comunidad política argentina. Cuando la progenie del varón arquetípico quiso tener en ésta su sitio y su parte, aconteció que le fueron negados por una clase dirigente, que, mirando hacia fuera en busca de "inspiración" y aparentes lemas constructivos, dió la espalda a los orígenes y perdió el rumbo que lleva a la fuente mítica, de la cual ella misma era, sin saberlo, fluencia perdida y sin entronque.

Después de las campañas victoriosas que crean la patria y acotan su ámbito, el gaucho de la gesta de la independencia, el centauro enfervorizado de las huestes de Güemes, retorna a la pampa, encarnándose en el Martín Fierro arquetípico, del cual el de Hernández es la ejemplificación histórica y simbólica, a la vez; retorna para describir, en la paz y prosperidad del terruño, su parábola humana, para vivir la vida auténticamente argentina a que su heroísmo y sacrificio le dieron eterno derecho. Para eso él trazó con el fulgor del acero los inviolables límites patrios y empujó a la vida histórica el destino de una comunidad, que soñó asentada en la nobleza de su estirpe y realizadora de sus ideales.

Pero una sombra de olvido se cierne sobre la pampa... y el protagonista anónimo de nuestra epopeya es tan sólo un paria, al margen de las preocupaciones tutelares de un Estado cuya concepción política fué formada y articulada, por esa clase dirigente, con retazos y remanentes doctrinarios adquiridos en el extranjero. Sin embargo, el paria soledoso y errante, el hombre silenciado por cosas y ruidos que llegaban de afuera, era infinitamente rico en su pobreza, era nada menos que el poseedor de todo el oro pampeano, pero no ciertamente el de los trigales; era, pues, el insobornable guardador del numen germinal de la nacionalidad, acendrado recuerdo que, por obra de él, del hombre preterido y olvidado, retoma la fuente y deja fluir la linfa pristina del mito, abriendo el sonoro cauce de la canción a la voluntad de pervivencia del alma argentina.

Es que no sólo los Nibelungos poseían su tesoro escondido, el oro simbólico de su mito; también el gaucho guardaba, celoso, en la entraña de la pampa, la veta inexhaustible del suyo, a la espera del vate que, interpretando a anónimos rapsodas, lo hiciese brillar ante la mirada extraviada o dormida de los argentinos. Tardó, quizás, en venir el vate esperado, pero al fin llegó, en la egregia compañía de Martín Fierro, llegó con la llave del tesoro, con el recuerdo, la canción y la esperanza...

7. *El hombre argentino a solas con su destino y a la conquista de su paisaje.*

Martín Fierro es el rapsoda del hado y de las posibilidades inmanentes del hombre argentino. Su canto, lleno de incisiva nostalgia y de seriedad, abre la picada hacia el manantial, traza la primera ruta firme en el grandioso esce-

nario en que dormía, cerrado en sus enigmas, en su germen de belleza, y esperando la develación de su secreto, el mito de nuestra existencia histórica.

De la identificación con sus impulsos más espontáneos y del abrazo con la tierra, con las esencias telúricas, con la extensión, despunta en este escenario, para nuestro hombre, un rumbo y una tarea. Pero sólo busca un rumbo en la pampa el hombre privado de él y urgido a marchar, quien, sin asidero, se siente flotar en el elemento todavía flúido del mito, el hombre que se yergue, con su melancolía, frente a ese mar inquietante de la llanura. Así, sobrecogido por el misterio del mito, se encontró, como Martín Fierro:

*Sin punto ni rumbo fijo
en aquella inmensidá
entre tanta escuridá.*

Obsedido por la tristeza y la soledad, siente, también como aquél, que:

*Es triste en medio del campo
pasarse noches enteras
contemplando en sus carreras
las estrellas que Dios cría,
sin tener más compañía
que su soledá y las fieras.*

Es el hombre solo, inmerso en la extensión, frente a un destino aún sin descifrar, al atisbo de las insinuaciones vitales de su ámbito y escuchando las difusas voces telúricas; es decir todas esas notas que se articularían, cobrando significado, en el mensaje de Martín Fierro sobre sus andanzas, sobre las cosas vistas y sucedidas y mucho de lo apenas presentido. Es el primer acto de su drama; voz que viene del silencio, desde el fondo todavía caótico del mito.

El personaje de este drama es apenas una brizna entre lo telúrico y lo cósmico, suspensa en el soplo que le llega de ese primigenio fondo mítico.

Pampa y cielo. Y entre ellos, alternativamente, el incendio de los días y la sombra de las noches. Y flotando a la deriva, en esta atmósfera de dos infinitos, una partícula animada y silente; pero con el silencio que precede al grito, al clamor, al canto, con ese grávido silencio que engendra al verbo. Si este hombre levanta sus ojos en busca de una estrella que oriente sus pasos, que algo le sugiera sobre su suerte, se encuentra con la Cruz del Sur, símbolo y cifra astrológica de su destino. Diríase que, tocado de fatalismo, se recuesta, indolente, en el signo austral, sintiéndose partícula de su luz, chispa de su fuego, perdida en la noche pampeana. No sabe, pero lo sospecha, que su existencia, aprorada hacia la cruz astral —sino del hombre sureño—, ha de transcurrir en una especie de crucifixión cósmica. Abismado en la pampa, recostado en el seno misterioso de su mito, y aún ajeno al drama histórico del espíritu creador, duerme su sueño telúrico, sobresaltado ya por los primeros lampos del desvelo, bajo un leño de estrellas. Es el hombre que comienza a despertar y a sentir el peso astral de su cruz, el aguijón lumínico y simbólico de su mensaje.

Al margen, por lo distante, de las rutas centrales de la civilización, de las grandes comunidades humanas, habitante del remoto Sur, estaba casi absorbido por su fatalismo cósmico, entrega absoluta, que se resolvía en inconsciente insumisión a un destino espiritual, porque a éste no lo veía escrito en los cielos. Tal destino aún dormitaba en la nebulosa anímica del sueño sonambúlico de la extensión. Así, bloqueado por las fuerzas telúricas, juguete de su acción desencadenada, estaba suspenso, lo mismo que la planta o el animal, en el instante, como en brazos de la eternidad,

sin la inquietud del tiempo, que es el horizonte del drama humano, del devenir, que es historia, que es creación y perecer. Extraño, sin embargo, a la tentación de un quietismo místico, posibilidad quizás predibujada en su ser, había llegado, con el correr de los años, a conciliar su inercia, su fatalismo originario con un afán pragmático adventicio.

Pero este hombre escucha, junto con el latido de su sangre, la voz de la tierra, es decir un llamado desde el fondo del mito, que, para él, comienza a iluminarse, a pulsar, con rumor de corriente soterraña, en el caudal de sus venas. Esta revelación, en la que despunta el paisaje, abre el segundo acto de su drama. Al enfrentarse al escenario cósmico de la pampa, se le ofrece, como un oasis, entrevisto a ratos, su paisaje, su contorno anímico, apenas poblado con sus frágiles sueños; pero, a la vez, advertido por las voces de su ser recóndito, siente que a este paisaje tiene que conquistarlo, irlo formando en dura lucha, proyectando en él amorosamente su acervo emocional. Ha de dejar de ser un ente meramente cósmico. Ahonda entonces su huella en la tierra, y el espíritu, que comienza a señorearlo y a iluminar su trayectoria, le prescribe una tarea y lo arma incipientemente para esta lucha, impulsándolo a ella. ¡Aquí está todo el hombre y su destino! Afirmarse en su propio ser y describir una parábola vital, dibujando con amor un paisaje nativo, son una sola y misma cosa. Por eso él se siente identificado, en una decisión, con su sino y su empeño, lo mismo que el aedo Martín Fierro, cuando canta:

*Vamos suerte, vamos juntos
dende que juntos nacimos,
y ya que juntos vivimos
sin podernos dividir,
yo abriré con mi cuchillo
el camino pa seguir.*

Es así como asoma en el hombre argentino, alcanzado por el impulso prospectivo del mito, tal como a éste lo encarna ejemplarmente el gaucho Martín Fierro, el rudimento de una lucha, de un combate espiritual y anímico con las cosas, con el ser cósmico, en sus cambiantes manifestaciones. A la entrega descubierta y total a las cosas, a su abandono al acontecer que dinamiza la vida de la naturaleza, se sucede, en él, el enfrentarlos, adquiriendo la conciencia de un destino. Necesita ir superando poco a poco el fatalismo inerme con que, sin voluntad, se dejaba influenciar y determinar por la potencia de los elementos, a cuya dinámica iba adherido, al emerger en la pampa, como mera partícula cósmica. Precisamente, cuanto mayor es la rebeldía e ímpetu de las cosas, de una naturaleza eruptiva y avasalladora, más se requiere un espíritu alerta, una voluntad acerada y un esfuerzo redoblado y tenaz para arrancarles su secreto y someterlas operativa y cognoscitivamente a designios humanos.

Nuestro hombre, en esta lucha, tiene que interpretar el mito en que enraiza y del cual se nutre su propia existencia, liberando su fuerza latente, sus impulsos dormidos; vale decir que ha de afrontar la tarea reclamada por el destino que le incumbe forjar. En vez de abandonarse a la fuerza y poderío de las cosas, en el vórtice de la violencia arrebatada de los elementos, que encuentran libre espacio en la pampa, debe centrarse en el conato de plasmación, interpretación y estructuración de su mito vital, fuente de toda creación perdurable. Para ser plenamente hombre, fiel a sus más íntimas esencias, y trazar con heroísmo y amor la órbita histórica de su trayectoria existencial, debe, ante todo, asentar firmemente sus plantas en el predio nativo. Tiene que aprender a enraizar contra el huracán y el torrente,

a incrementar su módulo espiritual y cultural en medio de la inestabilidad de la vida política, a prolongar en luz, viva y serena, los intermitentes destellos de su espíritu, de su conato creador, así como el gaucho Martín Fierro supo florecer en canto las penas e infortunios de su vida errante —en un canto por cuya rica vena telúrica discurre la savia primigenia del mito de los argentinos. Cuanto más indómito y desolado es el fragmento de cosmos que le ha tocado en suerte, más honda y vigorosamente el hombre tiene que hundir sus raíces en el suelo nativo, y más fuerte ha de ser también la garra espiritual que él tienda —en decidido ademán de asimiento— a la oculta y rebelde esencia de las cosas.

8. *El karma pampeano y la irrupción del espíritu en el hombre argentino.*

El hombre argentino ha de mantenerse fiel a la esencia de su ser, tal como Martín Fierro, en todas sus andanzas, en su azaroso ambular:

*... firme en mi camino
hasta el fin he de seguir:
todos tienen que cumplir
con la ley de su destino.*

Someterse a la ley del propio destino, sin traicionarla ni adulterarla, es imperativo supremo tanto para el individuo como para una comunidad humana, si éstos tienen conciencia de su misión y están resueltos a realizar el programa de vida que su mera existencia histórica supone. En este sentido, la sabia advertencia de Martín Fierro es una incitación para los argentinos, que nos llega realizada por

su ejemplo magnífico, en el que a esa ley nos la ofrece plenamente cumplida en cada uno de sus actos y en la total trayectoria de su conducta, en la plenitud del *karma* pre-bosquejado en el mito pampeano. La necesidad espiritual de ser fiel a la esencia de su ser, que al hombre argentino le dicta la ley del propio destino, alumbrada —con anchura de pampa y lejanía de horizonte— en estas palabras de Don Segundo Sombra a su ahijado: —“Mirá... Si sos gaucho en de veras, no has de mudar, porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante como madrina 'e tropilla”.

Aquella ley lo primero que le prescribe al hombre argentino es orientarse vitalmente en la extensión, despabilándose de la somnolencia quietista que ésta le infunde. Podrá, así, consagrarse a la develación de su mito a fin de extraer de éste fuerzas para la creación espiritual y, por ende, para constelar una cultura. Sólo logrará orientarse en su tarea si, en vez de sumirse en pasiva contemplación, se entrega a una vigilia operante y sigue el “fiel del rumbo”, ateniéndose a la experiencia y a la sabiduría de Martín Fierro, que, al decirle cómo tiene que hacer para no extraviarse en la extensión, le da, en definitiva, las condiciones formales, el norte magnético para su peregrinación a través del mundo y de la vida:

*¡Todo es cielo y horizonte
en inmenso campo verde!
¡pobre de aquel que se pierde
o que su rumbo extravea!
si alguien cruzarlo desea
este consejo recuerde.*

*Marque su rumbo de día
con toda fidelidad;
marche con puntualidad
siguiéndolo con fijeza
y, si duerme, la cabeza
ponga para el lao que va.*

Aquí tenemos, en cifra y compendio, los supuestos básicos de toda concepción válida del mundo y de la vida. Éstos, lo mismo que la inmensidad desértica, también piden al hombre lúcida fijación de un rumbo y aliento para andar por ellos. Eso de marcar el rumbo de día con toda fidelidad es, ni más ni menos, lo que exige toda auténtica cosmovisión en cuanto a la determinación de su fin último, o sea definirlo estrictamente, con toda la claridad mental posible; lo de marchar con puntualidad, siguiendo el rumbo con fijeza, es su petición de perseguir con voluntad constante este fin, manteniéndolo firmemente enfocado por el intelecto; y, por último, lo de poner la cabeza, si se duerme, para el lado hacia el que se marcha es el reclamo de no perder espiritualmente de vista tal fin, adquiriendo la conciencia de que el sueño del durmiente es sólo un parpadear en plena vigilia, una pausa de sombra en medio de la claridad del gran sueño con que la cosmovisión abarca e ilumina el mundo y la vida.

El espíritu no es solamente visión, iluminación del fin a que tiende toda cosmovisión, sino también desvelo y arremetida para alcanzarlo. Tenemos, por consiguiente, que desechamos por errónea una idea del Espíritu, aclimatada en la filosofía de los últimos tiempos e introducida por Husserl y Scheler, que lo concibe como originariamente impotente, privado de energía instintiva, o sea como pura visión, y reducido a proyectar su fulgor sobre la corriente de la vida,

pero sin acción alguna sobre ésta. El espíritu, por el contrario, es un impulso ontológico que asciende de las más profundas capas de la existencia, es, pues, un principio esencialmente operante. De acuerdo a esta índole suya, no es, como se pretende, una mera función analítica de la mente ni una vaga y difusa razón cósmica (como lo pensaron los estoicos), sino una decisión primaria de nuestra existencia —decisión hecha de fuerza y sapiencia— con relación a la esencia del ser, al fundamento ontológico de las cosas. Vale decir que el espíritu es un beligerante frente a las cosas y a su dinamismo cósmico, a las que se esfuerza por asir e iluminar para ponerlas en función de la existencia humana, de sus intrínsecas urgencias e intenciones finalistas. No es, por consiguiente, una zona de luz, que flota por encima de la existencia del hombre, ni un simple producto supra-estructural de la vida cultural, sino que él tiene por tarea eminente y primordial conservar y acrecentar las fuerzas terrenas ínsitas en la existencia humana, en una comunidad social e históricamente determinada, comunidad atada por los lazos de la sangre y adherida a un suelo nativo.

Es en virtud de este carácter, peculiar del espíritu, que se nos revela como completamente erróneo el punto de vista que establece una distinción y hasta oposición entre “vivir” desde la tierra (hombres telúricos) y “vivir” desde el espíritu (hombres espiritualmente determinados). El hombre sólo *existe* desde el espíritu, porque éste es la raíz personal de su ser, el encendido impulso ontológico que lo proyecta hacia el mundo y lo mantiene en vigilia. Ciertamente, sin la base óptica de una vida concreta, de una realidad psico-vital, de la unidad geopsíquica que es el hombre, es decir como ente adherido a la tierra, la existencia carecería de suelo de sustentación, sería una pura imposibilidad. El hombre, cualquiera sea la latitud a que esté ad-

cripto, no sólo *vive* desde la tierra, sino incluso también desde la sangre y la comunidad en que ha nacido; pero únicamente *existe* desde su raíz espiritual.

Así también el hombre argentino, que de partícula transeunte en la llanura ilimitada, de mera chispa que sólo nos revelaba la línea del soplo cósmico en que iba suspensa, pasó a ser un hombre condicionado por la tierra, que se nutre también espiritualmente de sus jugos y alienta en su clima; pero no reducido a vivir únicamente desde ella, puesto que en él alumbraba, aunque, a veces, como destello débil e intermitente, el otro término de la humana dualidad ontológica: lo espiritual. Por eso, de nuestro hombre no se puede decir, como con harta ligereza se ha sostenido, que es exclusivamente un hombre telúrico, porque a su proyección espiritual no se la vea expresada todavía en una línea constante, en una serie de estructuras coherentes y consistentes. Lo mismo que en el gaucho Martín Fierro, el espíritu es en él impulso operante, que le viene del fondo del mito y que ilumina sus pasos, dotándolo de las condiciones necesarias para que adquiriera acuidad de visión, capacidad de objetivación respecto a las tendencias y contenidos propios y firmeza de comportamiento. Es el primer estadio de un espíritu, primario y fuerte, que, por no haber sedimentado aún grandes productos de su actividad específica, no se ha elevado, con relación a lo vernáculo, a la pura y desinteresada contemplación en que el hombre se complace y se reencuentra en sus propias creaciones.

9. *La esencia argentina y las generaciones desertoras del mito gaucho.*

En la época en que Hernández crea el "Martín Fierro" y encarna en éste la esencia del mito gaucho, para res-

catarlo del olvido en que yacía, la vida argentina, en las clases dirigentes y responsables del timón del Estado, ya había comenzado a alejarse de su fuente mítica y parecía haber renunciado a abrevarse en su linfa vernácula. Todo, en esta vida, desde la política a la literatura, desde las costumbres al comportamiento personal, mostrábase proclive hacia la infidelidad a los orígenes.

La existencia del hombre argentino y de las generaciones de este período, en sus capas cultas, "civilizadas", comienza a desertar, en espíritu, de la tierra nativa. Dando la espalda a su destino pampeano, trató de existir en el alvéolo de una forma de existencia que no es la suya. Inconscientemente o a sabiendas, en vano creyó que podía hacer transferencia de su vida y de su programación espiritual y política, paralizándola o anulándola en sus más entrañadas posibilidades, ya pre-bosquejadas en el mito originario. Este conato de deserción configura también un modo de existir, aunque de máxima deficiencia. Quien lo practica es un suicida que, sin yugular su propio ser, continúa existiendo parasitariamente, adherido a una forma de vida que le es extraña. Tal fué el drama del hombre argentino de aquellas generaciones. Espoleado por la infidelidad a su extracción histórica y estilo humano, se hizo inquilino de productos culturales sistematizados por otra forma de existencia, y en la cual fué sólo huésped, o mejor, buscó refugio en su fuga de sí mismo. Es que todo lo imitativamente asimilado de una cultura, a la que no se ha contribuido a elaborar, no puede ser sino asimilación externa, periférica, porque sólo se da una relación viva entre el hombre o el grupo humano y la cultura cuando ésta es un brote del módulo que aquellos representan y expresan en todas las creaciones de carácter espiritual, institucional, político y científico-técnico.

El hombre argentino, al asimilarse externamente los productos de la cultura europea, hizo de éstos meros hábitos, con lo que se creyó dispensado de formarse conceptos del mundo y de la vida que fuesen fiel expresión de su peculiar modo de ser. De aquí también que adoptase la técnica europea sin la decisión de modificarla, adaptándola a sus necesidades propias y que, en consecuencia, su situación con respecto a esta técnica haya sido de mera dependencia, de supersticiosa supeditación a sus artilugios e implementos. Su receptividad, enteramente pasiva, y su renuncio a la inventiva lo hicieron esclavo de la técnica importada y sus derivados, en vez de señor. Todo este proceso remató en el establecimiento y artificiosa aclimatación de las formas externas de una civilización de trasplante, sin nervio espiritual. Debido a este estado de cosas, en extremo anómalo, a nuestra comunidad la hicieron recorrer las etapas ficticias de un progreso técnico y económico, que no era expresión de un interno crecimiento, de una expansión de la vitalidad argentina, sino aportes foráneos que caracterizan a la factoría, al *Hinterland* colonizado de acuerdo a las exigencias y para satisfacer las necesidades de la metrópoli europea. Correlativamente, surgieron formas institucionales y políticas informadas por principios y doctrinas extrañas a nuestra idiosincrasia y a nuestra realidad histórica.

Desde hace más de medio siglo, se inició, para nosotros (por obra de aquellas clases dirigentes y sus mentes rectoras), un proceso nuevo en nuestra historia de pueblo principalmente agrario y ganadero (economía unilateral, incrementada y fomentada, sin medida, por calculada sugestión de intereses ajenos), el de industrialización del país, emprendida sin plan ni método, y el correlativo de su tecnificación en diversos aspectos, y de un acusado incremento del capital extranjero, aplicado a explotaciones productivas.

Paralelamente a este fenómeno, y concomitante con él, el aluvión inmigratorio —brazos que contribuyeron, sin duda, al aumento de la riqueza argentina *exportable* (la que, en virtud de los planes “constructivos” de los “economistas” ¡coexistió con la pobreza del pueblo argentino, sin disminuir!)— se asentó en las fértiles zonas de nuestro extenso litoral. Todos estos factores extraños rebasaron casi de golpe la capacidad asimilatoria del núcleo autóctono, ya herido en sus raíces, introduciendo un desequilibrio en la estructura económica, étnica, social, política y espiritual del país. Esto hizo que nuestra cohesión social fuese más aparente que real, y que, como consecuencia de aquel aporte étnico, múltiple y heterogéneo, quedase superada y anulada la fuerza de coagulación de nuestro plasma racial. Éste se convirtió, así, en sangre desperdigada a los cuatro vientos, sin el nexo de un ideal argentino, sin un *ethos* aglutinante y unificador.

No obstante esta caudalosa y vertiginosa avalancha forastera, la esencia propiamente argentina se reveló tan fuerte, de una aleación tan noble y persistente, que no sucumbió ante el alud colonizador. Ella atinó a replegarse en sí misma, aparentemente inerme, a recluirse en su propia e insobornable latencia, para vivir de sus más íntimas reservas. Instintivamente, nostálgica de los orígenes próceres en que alumbrara, se refugió, mutilada y preterida, en el regazo del mito gaucho, y por ello esta esencia, tan pura y rica, no se diluyó completamente en todo lo importado: valores creativos y técnicos (meramente instrumentales), modas literarias, costumbres de relumbrón y proclividades cosmopolitas. En realidad, aquellas generaciones desertoras no supieron o no quisieron, por incomprensión del país o desprecio por éste (¡qué iban a saberlo ni quererlo!), mantener y desarrollar la hegemonía plasmadora del numen de nuestro mito, de nuestra mentalidad vernácula, frente a las

pretensiones de la mentalidad internacional (moldeada por un cosmopolitismo utilitario, ayuno de verdadera universalidad) del capitalismo mercantil, invasor y conquistador.

10. *Los caminos de la deserción, las sombras clásicas y el hombre argentino solo y ensimismado.*

El hombre de aquellas promociones que volvieron la espalda a los orígenes, el de las capas "civilizadas", europeizadas, desertó de su destino existencial, de la comunidad que estaba germinalmente en el mito nativo, por varios caminos. Pero lo que impulsó y dió alas a su fuga fué una larvada e ilusoria esperanza de existir, de modo pleno, por transmigración a otra forma de vida, a otro estilo de humanidad.

Inmerso en su soledad, deseoso de adquirir cultura y practicar convivencia, pero sintiéndose eximido del esfuerzo de crearlos, de llegar a ellos por desarrollo y maduración de las virtualidades del propio ser, se abrió a la sugestión que le venía de Europa, articulada en mil formas alucinantes. Presintió el cosmos decantado y maduro de la cultura occidental y, desde ese momento, todo oídos a la voz de la sirena remota, transmigró, en su anhelo, hacia sus paisajes, a su ámbito histórico, que, con razón, los imaginó más bellos, más completos, acotados por una convivencia, en la que lo humano, a pesar de su maravillosa diversidad, está tan próximo que por doquier deja sentir su aliento, tanto en el acuerdo y la coincidencia como en la pugna y el desgarramiento. En forma franca o subrepticia, la nostalgia de Europa comenzó a trabajarlo. El impulso a la fuga, avatar espurio del nomadismo que caracteriza a la existencia pampeana, y que está pre-dibujado en la primigenia y difusa plasmación de su mito, favoreció esa labor de extra-

ñamiento del ambiente nativo. Se encendió en el alma del gaucho urbanizado y "culturalizado" el ansia de viajes. Entonces, Europa se irguió como meta luminosa. De modo que este ansia de viajar tenía dirección determinada, era un deseo de viajar *a*. Pero ya sabemos que todo viaje implica un regreso; el que no ha vuelto, no es que haya viajado, sino que se ha ido, y también se ha ido quien, de vuelta en el terruño, no ha retornado con su espíritu.

Se trata de una tendencia a adherirse a otra alma, a otro destino. El hombre de las generaciones desertoras, no sólo ha vivido culturalmente de Europa, fenómeno explicable en una comunidad humana nueva, sino que, espiritualmente, haya tenido de ello conciencia o no, ha vivido *en* Europa. No ha adoptado los contenidos culturales europeos, para hacerlos suyos, por transformación y asimilación, sino que se alojó en ellos, se transformó en inquilino de la forma europea, para vivir imitativa y parasitariamente de su sustancia. Al desertar del estilo de vida propio, para vacar a otra forma de existencia, no logró transplantarse, hacerse europeo. Quedó a mitad del camino de la deserción, terminando por hacer de su fuga un modo apócrifo y fallido de existir. Durante este alejamiento anímico y espiritual de la tierra nativa, de este olvido del mito, que con sus jugos nutría silenciosamente su arcilla pampeana, fué el nómade de su destino existencial, el *deraciné* del ser que no supo afirmar y cultivar.

La intemperie cósmica del paisaje de la pampa fué, para nuestro hombre cultivado —prófugo del terruño— terrible intemperie social y espiritual. Espoleado por su *elan* escapatorio, en deslizamiento sobre la total e indefinida melancolía que infunde la llanura monocorde, él soñó con paisajes humanizados, que, plenos de historia y embellecidos

por el ensueño y el arte, son impronta existencial de una vida que rezumaba madurez y florecimiento.

A nuestro hombre, urbanizado y familiarizado con la cultura, se le abrieron también otros caminos para la fuga de sí mismo. Mejor dicho, su tendencia a la deserción del ambiente nativo canalizó otras vías. En alas del ensueño literario y artístico escapó asimismo de su destino existencial, de la tarea que éste reclama para encaminarse a su plenitud. Las imágenes de la creación literaria eran, para él, especie de habitáculos defensivos frente a la intemperie de la llanura, ante el incipiente bosquejo del paisaje acotado en sentido vital y espiritual, o sea como reacción emocional del hombre frente a la naturaleza y a su libre poderío. De aquí que las metáforas de nuestros poetas y escritores y los lienzos de nuestros pintores sólo raramente recogiesen y acendrasen la sustancia telúrica pampeana, y que por necesidad, siguiendo la línea del menor esfuerzo, debían reflejar paisajes remotos, imágenes de enfoques logrados en otros países o a las de los oasis formados por el breve arabesco de las montañas interiores sobre la inmensidad de la pampa.

Ante la visión grandiosa de la pampa argentina, del Valle Inclán escribió, aludiendo precisamente a nuestros poetas: "Los poetas tienen los ojos estériles y su sentimiento clásico sólo se nutre en el seno cristalino de las palabras que, como divinas ánforas, atesoran los mirajes de paisajes lejanos". Es que cuando lo que se ofrece a los ojos de los poetas es la infinitud de la pampa, las palabras no pueden reflejarla, no pueden recortar en ella "paisajes", y de este modo las palabras devienen claustros en los que se refugia el ensueño con su acervo de remotos paisajes, recordados o entrevistos en la nostalgia de lo aún no contemplado ni gozado. En la pampa, agregaba del Valle Inclán, "se siente el paso de las sombras clásicas, pero ninguno puede verlas

llegar". No es que nadie viese llegar a las sombras clásicas ni atisbase los caminos de su peregrinaje, sino que ellas, conforme a su condición de alados mensajeros, pasaron levemente por nuestra llanura, pero no pudieron detenerse ni aposentarse en ésta, ni nosotros apresarlas para endulzar con su sabiduría —miel de abejas áticas y latinas— la áspera vida pampeana, es decir incorporarlas al ambiente de nuestra incipiente convivencia espiritual. Fueron Dioses cuyo paso no dejó huellas en la extensión. Les faltó, para quedarse, el valle suavemente enmarcado por las colinas de viñedos, la insinuación del mirto y del laurel, las ciudades acogidas al regazo de murallas y torreones somnolientos.

Y así pasaron las sombras clásicas, dejándonos una extraña sugestión, una nostalgia de algo bello y seductor, de una quintaesencia de lo humano, pero esfumado en remota lejanía de siglos. Ello fué una incitación más para que el alma nómade del hombre argentino transmigrase, "en el seno cristalino de las palabras", a otros países, a otras culturas, en pos de la luminosa huella, olvidándose de la sustancia del mito pampeano, desoyendo su llamado telúrico, desertando de la tarea de recrearlo y pulirlo.

No hemos sabido, pues, detener, a su debido tiempo, a las sombras clásicas para acendrar en su sosegada lumbre nuestros afanes espirituales, para encontrar, en su sabia compañía, el camino hacia nosotros mismos. Ahora, por el propio esfuerzo y sin ayuda extraña, tenemos que retomar la etapa humanista, en lo que tiene de vivo y perenne, condicionándola a las exigencias de nuestra época, y decidiéndonos a recorrer del todo aquel camino. La constelación histórica universal también nos señala la necesidad de volver hacia nosotros mismos. Tenemos que retornar al mito originario, afincarnos en la esencia de nuestra stirpe, en la esencia argentina, a la que, si hemos de serle totalmente fieles, ten-

mos que prestarle voz, en nosotros, y su correspondiente eco y resonancia, fuera de nosotros, en una palabra, asegurarle vigencia cultural y política en el mundo.

II. *Prospección de la comunidad y del hombre argentinos.*

El hombre argentino, por el futurismo consustancial con su ser, por la firmeza de su proyección histórica y por los ingredientes que diversifican su plasma étnico, se encamina, a través de la plasticidad de su forma actual, a una concreción típica que será expresiva de un estilo humano original. Recorrerá esta trayectoria si, manteniéndose fiel a su esencia, sabe proseguir la línea flexible de su desarrollo y, a la vez, acentuar la dirección de su devenir. El mito del cual él viene, que es el mito de la comunidad argentina, requiere, pues, tanto prospección en las almas, como revitalización de sus gérmenes originarios, es decir continuidad desde su entronque con un pasado, con el pasado en que alumbró como tarea y como destino.

Para que la etapa creadora advenga, para que se cumpla, en él, el pindárico "deviene el que eres", es necesario que el hombre argentino se entregue a su propio ser, que, centrándose del todo en su sustancia inalienable, pula y clarifique su mito vital, espiritual e histórico, y todo esto en función de su paisaje nativo, de las esencias de su tierra. Ahondando en nosotros mismos, siguiendo el rumbo de nuestro interno devenir, tenemos que abrazarnos con entusiasmo y amor a nuestras posibilidades inmanentes y a las que nos ofrece nuestro sustrato telúrico, ya trazadas por el destino y certificadas por los astros, puesto que nuestra parábola cósmica (la que describimos en el mundo físico, y sobre la se inserta la que recorreremos como ciudadanos del

mundo histórico) se recorta, con dormidas resonancias de armonía pitagórica, sobre la Cruz del Sur. Estos requerimientos, que fluyen de nosotros mismos y de nuestra existencia histórica, suponen otros esfuerzos, un empeño renovado y múltiple. Entre otras cosas, tenemos que descubrir las posibilidades estéticas —verdaderas promesas— del paisaje argentino, la ruta ingente de los mares del Sur, familiarizarnos con nuestros grandes ríos, tentando en todas sus formas la empresa marina y fluvial; en una palabra, redescubrir con pasión de argentinidad la propia tierra. Es un repertorio emocional y de acción para una obra de juventudes, poseídas de fervor constructivo y, a la vez, de audacia y un sentido deportivo de la vida. Las promociones juveniles argentinas, para acortar la ruta de la marcha que tienen ante sí, deben aprender a cantar, a poner a flor de alma y de labio nuestra soterrada vena lírica y épica, porque, como lo enseña la sabiduría de Martín Fierro:

*... sólo no tiene voz
el ser que no tiene sangre.*

Mas en esta faena, aparentemente inofensiva de cantar, han de atenerse a su consejo, copla que fluye de uno de los manantiales repuestos del mito:

*Procuren si son cantores,
el cantar con sentimiento,
no tiemplan el instrumento
por solo el gusto de hablar,
y acostumbrense a cantar
en cosas de fundamento.*

El hombre argentino, acelerando el ritmo de su **sangre**, ha de forjar un canto de marcha y de victoria. De **marcha**

hacia una comunidad soberana, dueña de su destino y engrandecida por los valores espirituales que atesore; canto de victoria sobre la intemperie pampeana, sobre el poderío de la naturaleza. Esta lucha, con los elementos cósmicos y telúricos, perfila ante nuestros ojos una magna empresa, que será obra de generaciones sucesivas. Ella no es otra que la urbanización de la pampa, en el sentido más amplio que hoy, los argentinos, podemos dar a esta palabra, es decir no sólo levantando ciudades, sino también plantando bosques, sembrando de árboles la llanura, acotando, en suma, paisajes en que la extensión retenga el paso del viajero, porque ella se ha remansado en oasis, paisajes en que hombre y naturaleza, encontrándose en un contorno estilizado, se conjuguen en unidad de expresión. Este es el medio de modificar, de humanizar la naturaleza de la pampa, o sea apelando a una segunda naturaleza, planeada en función de la existencia argentina, de sus más entrañados designios vitales y espirituales.

Tenemos que defender los gérmenes de futuras creaciones y realidades. Humanizando el paisaje y formando una civilidad compacta y armónica, podremos levantar, en torno a nuestro ser, una verdadera fortaleza para preservar de la desolación anímica, de la tendencia a la dispersión y a la esterilidad, nuestra incipiente labor cultural y todos nuestros sueños. Nos urge, pues, encontrar la fórmula constructiva del destino nacional. Ella tiene que ser expresión viva de nuestra idiosincrasia y del anhelo de cimentar una comunidad de hombres, con aliento de eternidad. No somos ni queremos llegar a ser, por deserción del propio ideal y de su tarea, un azar biológico o histórico bajo los astros, bajo esas cuatro estrellas que vió Dante, y de que nos habla en *Proemio del Purgatorio*:

*Io mi volsi a man destra, e posi mente
All'altro polo, e vidi quattro stelle
Non viste mai fuor ch'alla prima gente.*

Era la Cruz del Sur, vista sólo por los hombres de la edad de oro, las cuatro estrellas que, después de un lapso de siglos, en que la pampa era un inmenso piélago silente, un planeta muerto en su cuna oceánica, iban a señalar el rumbo trascendente de la estirpe de los argentinos, a ser la proa estelar del destino de la *nuova gente*. Esta constelación marca nuestra *diritta via* frente al misterio cósmico y sobre los caminos y surcos de la gleba nativa. Conscientes, pues, del simbólico privilegio astral, no queremos ser, y no seremos, una aleatoria palpitación de vida bajo el aguijón de su luz eterna, sino, por el contrario, una nota bien acusada en la melodía milenaria de los destinos históricos universales; un mensaje de serena potencia, de amor, de verdad, de belleza.

Si nos nutrimos en la fuente inexhaustible de nuestro mito, manteniéndonos firmes en el empeño, podremos abrigar, con derecho, la esperanza de que la vena argentina afluya a la cuenca universal, de que su aporte vigoroso y optimista remoce los hoy mortecinos ensueños de la humanidad europea. Nos será dable, así, animar con una floración más, con una nueva primavera, el viejo tronco, del que nos desprendimos, como la chispa de una gran llama, en el ímpetu creador de una raza, que es la nuestra, pero sólo en su plasma inicial. Porque seremos, somos ya, una nueva estirpe, diversificada y enriquecida por otros aportes, con otra tarea y más dimensiones históricas y culturales que los originarios.

Nos toca tan sólo velar por el brote, aglutinar en un coeficiente étnico positivo sus elementos heterogéneos, imponiéndoles unidad espiritual, que, para crecer y expandirse.

le sobra espacio y atmósfera, y por sí solo sabrá absorber, para su florecimiento, la vigorosa savia del terruño. Su sangre nueva sabrá consustanciarse, por absorción, con los ásperos jugos de estas esquivas llanuras, por las que va a galope tendido, al encuentro de su destino, el gaucho Martín Fierro. Superando distancias y lejanías, va, lo mismo que el jinete "visto" por otro gran aedo de la patria, Leopoldo Lugones, *embanderado de pampero*, portador de un recado, tan recio y libre como la racha que despeja su frente: la profesión de fe porvenirista del hombre argentino, el envío pampeano de la argentinidad.

II

“MARTÍN FIERRO” Y EL MITO GAUCHO

I. EN LA FUENTE DEL MITO

I. *El Epos pampeano.*

NOSOTROS, argentinos, tenemos un privilegio singular. Somos el único pueblo de Hispano-América que posee un poema épico de la belleza y jerarquía espiritual de "Martín Fierro", de José Hernández, poema que acrisola los orígenes heroicos de la nacionalidad y, a la vez, devela, aclara e interpreta el mito de los argentinos, proyectándolo hacia el futuro hacia la conquista de gloria y de continuidad.

El Epos de la plasmación histórica de la esencia argentina está en él, pues, magníficamente documentado, no sólo como tesoro pervivente del pasado, sino también como punto de arranque de una ruta abierta hacia el porvenir de nuestra comunidad sureña, de nuestra estirpe criolla. Es, en su espíritu, un mensaje de vida y superación para los argentinos, un acicate para todo linaje de empresas.

El poema de Hernández, por encarnar ejemplarmente al gaucho —plasma pampeano primigenio— ha cifrado en el mito de nuestro héroe las posibilidades argentinas y el rumbo de nuestro destino social e histórico. Es la voz admonidora que, timbrada por la pasión épica, nos llega de ese pasado, desde el fondo vivo de nuestro mito, es decir del arquetipo humano representado por el gaucho, al que no podemos concebirlo sino emergiendo errante en el escenario grandioso de la pampa, alertado por su viento y poseído de

no! todo
transcur
depués
Covarro
una aug
tivo qu
politico
el Ant
emido

“esa indefinida voluntad de andar”. En cada estrofa de “Martín Fierro” aflora la tarea de llevar a plenitud el destino, ya prebosquejado en aquel plasma originario, tarea que pide esfuerzo y fidelidad y a la que nunca podemos pensar terminada.

A los argentinos, Martín Fierro nos deja, como precioso legado, toda una concepción de la vida y asimismo una concepción política de la estructura y lineamientos esenciales de nuestra comunidad nacional. Claramente nos advierte acerca de la intención y alcance de su canto, en el que cobra voz y sentido lo germinal y vernáculo de nuestra existencia histórica:

*Yo he conocido cantores
que era un gusto el escuchar,
mas no quieren opinar
y se divierten cantando;
pero yo canto opinando,
que es mi modo de cantar.*

2. La develación poética del mito.

“Martín Fierro” es y quiere ser, en la intención originaria de su creador, viva encarnación del mito de los argentinos. Esto es lo que no han visto los que, con más o menos acierto, se han detenido en el análisis de la forma literaria del poema, de sus valores estéticos y asimismo en el problema de la congruencia de la ficción con la realidad, realidad mítica categorizada poéticamente en el personaje protagónico. Los intérpretes, críticos e historiadores de la literatura, han estudiado la trama y coloración del capullo, pero no han sabido auscultar —tampoco era ésta quizá tarea específica suya— el latido silente de la larva del mito, que él aprisionaba; verdadero microcosmo, expresión de una for-

ma peculiar de existencia, con toda su anchura de horizonte, con el aliento cósmico de la pampa.

En “Martín Fierro”, el poeta se propone develar el mito, llegar hasta su hontanar vivo, al estrato histórico en que enraiza la estructura anímica del gaucho, del personaje epónimo que se dispone, consciente de la dificultad de la empresa, a cantar su historia. Sabe que tiene que apurar la memoria, que “refrescarla”, para que aflore un recuerdo casi preterito, pero que se arrastra doliente en el alma popular, y que, en casi todos los poetas inspirados en la leyenda gaucha, se insinúa como sombra o fantasma que, transido de pena, se desliza sobre la pampa, llega a las viviendas en sueño y hiere las cuerdas tácitas de las guitarras. Es el recuerdo borroso del mito, que es decir el mito mismo, ya que éste es pálido y borroso recuerdo de lo que, nutrido de su esencia y proyectado hacia el futuro, vive transformado y estilizado en la zona lúcida de la conciencia individual o colectiva.

Por eso, Martín Fierro, rondado por ese recuerdo, en trance de vivificar el mito, y midiendo el tamaño de su hazaña y su riesgo, canta:

*Pido a los santos del cielo
que ayuden mi pensamiento:
les pido en este momento
que voy a cantar mi historia
me refresquen la memoria
y aclaren mi entendimiento.
Vengan santos milagrosos,
vengan todos en mi ayuda,
que la lengua se me añuda
y se me turba la vista;
pido a mi Dios que me asista
en una ocasión tan ruda.*

“Ruda ocasión”, sin duda, es la del aedo que se enfrenta con el misterio mismo del mito, para interpretarlo poéticamente. De aquí que él encarezca la dificultad del intento, y pida:

*Que no se trabe mi lengua
ni me falte la palabra*

.....

pues ha de “labrar” su “gloria” con el “cantar”, es decir ha de hacer reflorar el mito. Resuelto a la épica tarea, todo su pensamiento se imbuje en éste, en su realidad escurridiza, pero omnipresente, y es todo voluntad de canto:

.....
*el cantar mi gloria labra
y poniéndome a cantar,
cantando me han de encontrar
aunque la tierra se abra.
Me siento en el plan de un bajo
a cantar un argumento;
como si soplara el viento
hago tiritar los pastos.
Con oros, copas y bastos
juega allí mi pensamiento.*

Es así como “las coplas” le “van brotando”:

como agua de manantial

vale decir *del* manantial de que se nutre su pensamiento surge henchida la vena de la canción.

En su canto cobra aliento y voz aquella realidad, cuya esencia es tan flúida, que su captación, en forma de historia poemática, es la azarosa empresa del payador, lo que pone en “juego”, en torno al primígeno plasma mítico, a su pen-

samiento, dispuesto a retomar aquella esencia, aquel ser, extrañado en remota lejanía y olvido, en un “argumento”, que es memoria de tristeza y tribulación.

Hernández, para interpretar simbólicamente el mito de los argentinos, ha debido antes recoger y acendrar su esencia poética, es decir creadora. No podía ser de otro modo, ya que el mito mismo es poesía pervivente que desde su manantial fluye en pos de formas futuras. Que la poesía gauchesca, tal como ésta cristaliza en “Martín Fierro”, es mito; el único que, de pasada, pero con profunda intuición, lo ha visto e indicado es Unamuno: “. . . El gaucho, como todo tipo sencillo, es profunda y homéricamente poético. Cuanto más primitiva y simple sea un alma, tanto más duradera es en efecto su poesía, porque encarna las más profundas capas del espíritu humano, las que todos llevamos en el lecho de nuestra propia alma. Sus sentires nos tañen a todos las más íntimas fibras del corazón; nos llueven sobre la roca viva del espíritu”.

3. *El paisaje de “Martín Fierro”.*

En “Martín Fierro”, el paisaje mítico, o sea la naturaleza indomeñada, es la extensión; es decir, irrumpe en él, en su unidad inmensa, toda la pampa, el mar terroso de la llanura, sin otro oasis o paisaje vital que el “pago” del gaucho, célula de vida pampeana que queda al margen de las preocupaciones tutelares de un Estado incipiente, que se organiza en función de lo foráneo.

En el ámbito anímico del poema está omnipresente la pampa con todo su misterio telúrico. Ella es, como ya le hemos notado, un elemento constitutivo del mito mismo. El gaucho es el tipo humano de la pampa, amasado con su arcilla y oreado por su soplo cósmico. Para no ser ahogado por la extensión, para mantenerse a flote, inmerso en

su elemento, tiene que enfrentarse, en dura lucha, con el poderío de la naturaleza. El alerta constante frente a los peligros de la llanura, la necesidad de precaverse del daño de los animales salvajes, de la acción de los indómitos elementos naturales le dieron una maestría peculiar, hecha de intuición clarividente y de experiencia. Como dice Fierro:

*Aquí no valen dotores:
sólo vale la esperencia;
aquí verían su inocencia
esos que todo lo saben,
porque esto tiene otra llave
y el gaucho tiene su cencia.*

En efecto, ante las diversas alternativas de su peregrinaje, Martín Fierro tenía, ante todo, que habérsela con la extensión misma, con la pampa, precaviéndose de sus peligros, del maleficio de la dispersión, del anonadamiento que arrebatara el rumbo. Su espíritu, hecho de coraje primario y clarividencia, se mantenía alerta, tenso en la decisión y en la acción.

Su seguridad y baquía para orientarse en la pampa habíalas conquistado no en pasiva contemplación, sino dialogando con los seres y las cosas del ámbito desolado. Así, para afirmarse en el rumbo, para centrarse en su ser con decisión certera, atisbaba los signos cósmicos y telúricos; consultaba el canto de las aves, el grito de los pájaros nocturnos, hacia qué lado se inclinan los pastos, el rumor de los animales, la dirección del viento, la marcha de las nubes, el rodar de los astros. En estrofas de rico simbolismo, en que la experiencia es ya resultado de una vigilia alertada por la interpretación precisa del significado de tales signos y voces, hace la sabrosa exégesis de los conocimientos y procedimientos necesarios para seguir "el fiel del rumbo" en la marcha por la llanura

infinita, entre cielo y tierra. Quien se decida a cruzar el "inmenso campo verde", si ha de superar el riesgo de perderse, antes

*Marque su rumbo de día
con toda fidelidá;
.....
.....
Oserve con todo esmero
adonde el sol aparece,
si hay ñeblina y le entorpece
y no lo puede oservar,
guárdese de caminar,
pues quien se pierde perece.
Dios les dió istintos sutiles
a toditos los mortales;
el hombre es uno de tales,
y en las llanuras aquellas
lo guían el sol, las estrellas,
el viento y los animales.*

Orientarse en la pampa, interpretando con acierto los signos que provienen de seres y cosas, supone en el hombre una experiencia sedimentada ya en conocimiento. En la extensión anímicamente desértica, aparentemente yerta, la vida que se delata como sorpresa ya en el peligro, que se cierne sobre la existencia errante del gaucho, ya en su mera presencia, representada por seres vivientes o cosas, articula su mensaje, ora propicio, ora preñado de amenazas, mediante un conjunto de rumores y señales. Es el lenguaje telúrico que sólo el gaucho sabe descifrar en sus precisas significaciones: desde el grito del chajá, que avizora le hace "parar las orejas", hasta la presencia del "du-

raznillo blanco", delatora del agua soterraña que calmará su sed en las travesías por la llanura.

A través de las distancias y mirajes de la pampa, el gaucho sabe mantener el rumbo sin apartarse de la meta que, en su obligado ambular, se ha fijado, porque

.....
*el que es gaucho va ande apunta,
 aunque inore ande se encuentra;
 pa el lao en que el sol se dentra
 dueblan los pastos la punta.*

4. Extrañamiento y retorno de Martín Fierro.

Martín Fierro, en su altivo disconformismo y como protesta contra la hostilidad y la injusticia de una comunidad que, regulada por intereses ajenos, desconoce sus derechos y le impide centrarse en sedentariedad productiva, lleva una existencia errante y en su desesperación hasta se interna en la extensión desértica. Así llega, escapando a la persecución, a tierras de "salvajes", para después huir de ellas empujado por la nostalgia del "pago", encariñado incluso con viejos sufrimientos y dolores, con todo aquello de que lo privó el infortunio. Ahora sabe lo que es abandonar el lugar nativo, impelido por la mala suerte, y así lo canta, reconociendo que fué obra de la fatalidad:

*Es triste dejar sus pagos
 y largarse a tierra ajena
 llevándose el alma llena
 de tormentos y pesares,
 mas nos llevan los rigores
 como el pampero a la arena.*

Durante su aventura ha sido preso del sortilegio de la extensión, del sueño sonambúlico que ésta infunde en el

hombre de estas inmensas llanuras. Martín Fierro, en su "Vuelta", retorna sonámbulo y trata de retomar su ser, de rescatarlo de la sutil neblina de este sueño, de despertarse por el eco de su propio canto:

*Viene uno como dormido
 cuando vuelve del desierto;
 veré si a explicarme acierto
 entre gente tan bizarra,
 y si al sentir la guitarra
 de mi sueño me despierto.*

A lo mejor, el despertar anhelado por Martín Fierro no consistía, en definitiva, más que en soñar el mismo sueño en común con otros hombres, con sus paisanos, que topa a su regreso del desierto. Por lo demás, ¿estará ya próximo a despertar del sueño de la extensión el hombre argentino? ¿Será capaz de sacar fuerzas de su mito y alcanzar la plenitud de vigilia espiritual necesaria para constelar una cultura? ¿Podrá proponerse metas altamente valiosas y trazarse un programa de vida cuya consecución y logro le permitían acceder a la universalidad?

En todas sus andanzas, en su azaroso ambular, Martín Fierro se ha mantenido siempre fiel a la esencia de su ser; sabe lo que quiere y hacia dónde lo encaminan sus pasos, seguro de que nada lo desviará de su ruta, cuyas inflexiones sólo son dictadas por su soberana libertad interior; lo acompaña la certeza de que su coraje, ya probado, no lo abandonará ante ninguna circunstancia adversa o encrucijada de su mala suerte. De vuelta de su extrañamiento, es más vívida en él la conciencia de su misión: seguir haciendo punta en la lucha por la afirmación de nuestro mito, encarnándolo como su primer representante épico; apartar de sí, descubriéndolos al primer golpe de vista, los fantasmas, sombras y

“bultos que se menean”, para entenderse sólo con verdaderos hombres y la realidad de sus actos.

Viene poseído de la certidumbre de que tiene que enunciar razones fundamentales y definitivas, y lo hará con trazos sobrios y al aguafuerte. Va a reflejar una realidad críticamente, para enjuiciarla sin contemplaciones, teniendo por cánón valorativo el ideal, defraudado, de una comunidad nacional justa y libre, asentada en cimientos argentinos y apta para una vida argentina. Ha visto bien la meta, y tras marcar el rumbo con lucidez, a ella se encamina sin una sola vacilación, como sonámbulo del sueño de un auténtico destino. Claramente nos advierte acerca de su propósito y de su resolución:

*Pero voy en mi camino
y nada me ladiará,
he de decir la verdad,
de naides soy adulón;
aquí no hay imitación,
esta es pura realidad.*

Denunciará vicios, corruptelas, trampas, amaños, abusos, injusticias, ilustrándolos concretamente, en forma directa o por medio de un sugerente simbolismo. Su gran intérprete, atento a ejemplificar, nos hará la descripción realista de todos estos males, presentándolos con rasgos cáusticos e indelebles:

*Lo que pinta este pincel
ni el tiempo lo ha de borrar;
ninguno se ha de animar
a corregirme la plana;
no pinta quien tiene gana
sinó quien sabe pintar.*

Sabe perfectamente, y de ello tiene clara conciencia, que el vívido cuadro que nos brinda no es susceptible de rectificaciones ni de paliativos, ni tampoco de retoques ni de enmiendas posteriores, porque está seguro de la fidelidad de sus trazos y colorido desde que mucho ha tenido que ahondar en la realidad escurridiza de nuestro mito para desentrañar su significado; y sabe también, al explicitarlo e interpretarlo, que está tocando el fondo germinal, que está habiéndoselas con los lineamientos esenciales de la comunidad argentina, emergiendo del seno pampeano del mito gaucho:

*Y el que me quiera enmendar
mucho tiene que saber;
tiene mucho que aprender
el que me sepa escuchar;
tiene mucho que rumiar
el que me quiera entender.
Más que yo y cuantos me oigan,
más que las cosas que tratan,
más que lo que ellos relatan,
mis cantos han de durar:
mucho ha habido que mascar
para echar esta bravata.*

En efecto, lo que estos cantos relatan, ejemplificando negativamente desvalores, son las cosas caedizas y torvas, demasiado condicionadas por lo temporal, de una etapa de la vida argentina, pero lo que ellos interpretan y decantan, como modelo positivo que irá dejando su impronta en la sustancia flúida de las épocas, es lo permanente, lo valioso que persiste, porque, con su proa, va abriendo un rumbo ascendente en el tiempo, en pos del nivel de la Historia.

II. COSMOGONIA GAUCHA

I. La tétrada pampeana.

La extensión yacía cubierta por un gran silencio. El silencio cuyo piélago iba a ser la cuna del mito pampeano, el que al cobrar voz, voz de canto, lo desgarraría para articular dentro de su cósmica concavidad una palabra, la palabra de un mensaje, la cifra de una cosmogonía, de una historia gaucha del mundo, cuyos elementos primordiales comienzan a organizarse, a articularse en cosmos en virtud de la medida y el ritmo de las estrofas de un canto.

No sólo, en el mundo, primero fué la poesía, el canto, sino que el mundo mismo empieza a arquitecturarse, a surgir del caos primitivo en un canto plasmador. Es que, como nos enseña el Mago del Norte, "la poesía es el idioma materno del linaje humano" y así "como la floricultura es más antigua que la agricultura y la pintura que la escritura, el canto es más antiguo que la declamación", que la palabra hablada y el discurso.

El cielo, la tierra y el mar eran un bloque indiviso de silencio, y en este inmenso piélago silente flotaban, todavía sin nombres, es decir indeveladas, enigmáticas, las cosas; y la vida pampeana, latente, en germinación, aguardaba el signo diferenciador y jerarquizador de las normas, para organizarse e integrarse en un mundo. Cielo, tierra y mar ca-

llaban, y la noche les devolvía, ahondado en eco, el denso silencio, ese silencio que como el *Número* pitagórico, mudo de la fuerza del Uno supremo, o la región de las *Mãdres* goetheanas, es la matriz de las formas originarias, de la que fluyen de los moldes arquetípicos todos los seres, en concreciones y diferenciaciones múltiples.

Es el momento en que esta tétrada o cuaternidad cósmica va a cobrar voz, irrumpiendo en un canto en el arquetipo de la pampa, en el gaucho. Así, en el contrapunto de Martín Fierro con el Moreno, asistimos de nuevo, en el relato rapsódico, al emerger de cielo, tierra, mar y noche del silencio originario, de este reino abismático que guarda en germen las floraciones teogónicas y cosmogónicas. Estamos, más o menos, ante la famosa tétrada pitagórica (tierra, cielo, humanidad y el Uno supremo como coronación), con su fuerza genesiaca, tal cual se la enuncia en uno de los *Versos dorados*:

*La tétrada sagrada, inmenso y puro símbolo,
Fuente de la Naturaleza y modelo de los Dioses.*

Lo que el Moreno, respondiendo a las preguntas de Martín Fierro canta, es lo que andaba en boca de anónimos rapsodas pampeanos, los que habían recogido por tradición el relato de la cosmogonía gaucha. Aquí, el canto del cielo y el del mar nos abren una perspectiva sobre el macrocosmo y estamos frente a la acción de los elementos, pero evaluados con medida humana y a imagen de los actos humanos. Por eso del canto del cielo se dice que:

.....
*los cielos lloran al caer el rocío,
cantan al silbar los vientos.*
.....

y del canto del mar que

.....
*parece que se quejara
de que lo estreche la tierra.*

En cambio, el canto de la tierra y el de la noche nos introducen en el microcosmo, y aquí escuchamos llanto que delata vida naciente, gemir elegíaco y el lamento perdido en la noche, proveniente de no se sabe qué humano trance o dolor.

2. *Los cánones cosmogónicos.*

A las preguntas del Moreno, que versan sobre la cantidad, la medida, el peso y el tiempo, es decir sobre partes esenciales, nociones últimas de la cosmogonía, Martín Fierro responde dándonos en sus estrofas la clave de la bóveda, puesto que vierte luz trascendente acerca de los supremos cánones cosmogónicos:

*Uno es el sol, uno el mundo,
sola y única la luna;
ansi, han de saber que Dios
no crió cantidad ninguna.
El ser de todos los seres
sólo formó la unidad;
lo demás lo ha criado el hombre
después que aprendió a contar.*

Aunque la enumeración de las tres grandes **unidades**, sol, mundo y luna es caprichosa, es evidente aquí **la** reminiscencia de la tríada de Pitágoras, sobre cuya **base** **éste** formula la ley de lo ternario cósmico como **pedra angular** del monumento de su cosmogonía. Ya Zoroastro había **enunciado** en uno de sus oráculos:

*El número tres por doquier reina en el universo
Y la Mónada es su principio.*

Lo mismo que la tríada pitagórica se integra y se concentra en la unidad divina, en la gran mónada, así también, en la cosmogonía gaucha, aquella tríada es reabsorbida en “el ser de todos los seres”, ya que él mismo, como la gran mónada que se recrea eternamente a sí misma, forma la unidad. De esta identificación de los elementos de la tríada con el “ser de todos los seres”, con la unidad, procede la acusada nota panteísta que encontramos en la cosmogonía pampeana.

En cuanto a la medida:

.....
*la medida la inventó
el hombre para bien suyo.
Y la razón no te asombre,
pues es fácil presumir:
Dios no tenía que medir
sino la vida del hombre.*

Aunque la medida es invención del hombre, éste no es “la medida de todas las cosas”, como en el enunciado protagórico, sino que Dios, el Uno, mide la vida del hombre porque, “con su esencia, le da también la razón por la cual éste, por medio de su alma, participa de la razón última del Uno”, como nos dice el pitagórico Filolao.

En lo que respecta al peso:

*Dios guarda entre sus secretos
el secreto que eso encierra,
y mandó que todo peso
cayera siempre a la tierra;
y según comprendo yo,
dende que hay bienes y males,
fué el peso para pesar
las culpas de los mortales.*

Vale decir que, aquí, el peso es interpretado en su doble sentido, con sus correspondientes signos, científico e histórico, a saber, como gravitación, la manzana de Newton, y también como caída, como pecado, la manzana de Adán y Eva, que ocasionó la pérdida de todos los paraísos que en el mundo fueron, iniciando el proceso creador de la historia. Proceso centrado en el hombre, con todos sus bienes y males, los que serán juzgados no, según un cánón escatológico, en un juicio final como acabamiento de la historia, sino en el recinto de la propia conciencia, en lo individual, y, en lo colectivo, ante el tribunal universal, instancia secular representada por la historia universal, como lo enuncia el conocido apotegma de Hegel: *die Weltgeschichte ist das Weltgericht* (“la historia universal es el juicio final”).

La payada especulativa, que por las intenciones del Moreno casi deriva en pendencia, llega a su fin con la pregunta decisiva que, acerca del origen del tiempo, aquél formula a Martín Fierro, cuya respuesta reza:

.....
*el tiempo sólo es tardanza
de lo que está por venir;
no tuvo nunca principio
ni jamás acabará,
porque el tiempo es una rueda,
y rueda es eternidá;*
.....

3. Karma búdico y destino gaucha.

La referencia a la rueda como imagen del tiempo nos coloca directamente ante el símbolo cósmico del budismo, es decir ante una indudable resonancia oriental en la cosmogonía gaucha. Es sabido que, para Buda, los rayos, en número

infinito, de la rueda cósmica están constituídos por las ansias y esperanzas humanas siempre renovadas, caminos de vida que se cortan y entrecruzan, pero que, no obstante, convergen y se integran en el todo, son absorbidos por éste en su unidad inmutable. También el *karma* pampeano tiene profundas notas de semejanza con el *karma* búdico. En ambos se trata no sólo de un acatamiento resignado al destino, sino incluso de su consciente aceptación, y de la certeza de que el destino puede modificarse por obra del querer del hombre, ya que éste con la potencia de su voluntad puede situarse fuera de la acción de los elementos naturales y enfrentarlos para afirmar, frente a la total naturaleza, su supremacía.

Martín Fierro, fiel al *karma* pampeano, siente el destino como una potencia operante en la vida humana. Así, en medio de la intemperie de la pampa, mirando al cielo de sus noches, cree descubrir en el curso de los astros un signo de esa potencia que gravita sobre él y resignadamente la acepta:

*No hay fuerza contra el destino
que le ha señalao el cielo
y aunque no tenga consuelo
aguante el que está en trabajo.*

.....

Según la enseñanza del *karma*, estirpes e individuos, antes que ellos tracen la órbita de su destino telúrico y se corporicen históricamente por el nacimiento, existían ya en el plan uno y originario del mundo. La diferenciación de la especie humana y de los individuos tendría su origen muy arriba, y lo que sabemos de su marcha terrena es sólo un reflejo y un símbolo de lo que se vela en la sombra de los misterios creativos, del origen remoto, remoto en el tiempo, y

remoto, como enorme y brumosa distancia espiritual, para el esfuerzo por volver a las fuentes absolutas de que fluyen todas las realizaciones tempo-espaciales de la empirie. Cada alma llega a la tierra signada ya por un destino, nota originaria previa a la encarnación y a su devenir temporal. En este postulado se compendia la doctrina del *karma*, que del molde de la sabiduría oriental se trasvasa al pensamiento antiguo para informarlo en sus direcciones míticas y filosóficas cardinales. Platón conoce el *karma*, cuya idea la trueca, con alguna variante, en la idea de la pre-existencia; también la conoce y valora el neo-platonismo. Así, Plotino nos dice (Enn., III, II, 17): "...la razón universal es una, pero ella no está dividida en partes iguales. Es por esto que el universo contiene regiones diferentes, buenas y malas; la desigualdad de las almas corresponde a la de las regiones. Resulta así que las regiones del universo son tan disímiles como las almas, y que almas desiguales ocupan también lugares diferentes". En consecuencia, para Plotino, no es el nacimiento lo que determina la peculiaridad natural o psicosomática del hombre, sino, a la inversa, la naturaleza, prediseñada en el plan de la razón universal, lo que determina el nacimiento del hombre, conforme al módulo de su estirpe, también predeterminado.

De acuerdo a esta idea, la fidelidad al ser de la comunidad en que se ha nacido (fidelidad a la propia naturaleza) no significa abandono, pasividad espiritual respecto a un destino étnico y biológico, sino un alerta que viene del más profundo estrato del ser humano para articularse en la conciencia de un firme vínculo de nosotros mismos con un destino que, como una potencia lejana, pero efectiva, planea por encima de nuestra existencia. Nos sentimos atados fuertemente a la trayectoria anímica y cultural de nuestra estirpe, a su constelación espiritual, con la certeza de que sólo

dentro de su urdimbre está el logro del destino individual y de lo nacional que, alentando en él, le da sentido y entronque. El hombre es la manifestación tempo-espacial de un principio, de un comienzo, que se remonta al de su gente, la que ha advenido al planeta y en él se ha creado su ámbito, concibiendo su tránsito, sus creaciones y su rumbo como una misión trascendente e intransferible.

Lo que excede temporalmente al individuo es la herencia paterna y la de su raza, el acervo de una cultura con sus técnicas e instrumentaciones; pero todo este contenido tradicional no se agota en la realidad espiritual del individuo, como podría sostenerlo una doctrina naturalista o un historicismo incapaz de ascender a lo normativo. El legado hereditario, biológico e histórico, no tiene otra función que reunir y coordinar en el hombre fuerzas y disposiciones virtuales que sólo pueden ser asumidas y valoradas por el individuo cuando mediante ellas llega a expresión una tradición anímico-espiritual, una herencia oriunda de un comienzo, que si fué histórico, ya se ha transformado en una estructura esencial, incorporada al reino incorruptible de las esencias. Únicamente en virtud de esta confluencia de lo gentilicio-histórico y del *karma* se transforma el hombre, de mero producto biológico, en un símbolo, que si se hizo terreno, si cuajó en un módulo humano con el insurgir de una estirpe a esta vida fué para ayudar a inscribir, en el cosmos histórico de las culturas, la constelación impermutable de la propia, cifra de un mensaje único, que no cabe homologar con ningún otro. De aquí arranca la peculiar tarea espiritual del individuo. Si valoramos esta idea en toda su fundamental importancia, se nos iluminará el significado profundo del imperativo de la sabiduría antigua, que se expresa en el "conócete a ti mismo" délfico, cuyo *pendant* es el "sé tú mismo", deviene "el que cres". En este imperativo encuentra su úni-

co fundamento, para el hombre, la decisión de mantenerse fiel a su naturaleza y de obrar siempre conforme a ella, realizando el propio *karma*.

De modo, pues, que si estamos aquí, en esta región del universo, en sentido plotiniano, frente a la anchura infinita de la pampa y bajo la Cruz del Sur, es porque venimos desde muy lejos y un imperativo de fidelidad a la propia estirpe, el eslabón invisible del destino, nos vincula a orígenes siempre memorables.

En cambio, dentro del marco de la imagen cristiana del mundo, el problema que plantea la doctrina del *karma* no encuentra lugar ni asidero para su formulación, y menos el de su influjo positivo sobre la programación de la tarea perfectamente singularizada de hombres, estirpes, naciones sobre el planeta, tarea que éstos conciben y cumplen como misión y como destino. La Iglesia rechaza la idea de la pre-existencia, reconocida por las tradiciones anteriores indogermánicas pre-cristianas, incluso, como vimos, por las de la cultura clásica.

Para la concepción cristiana, toda alma humana es creada por Dios de la nada en el instante mismo en que ella nace en un determinado cuerpo, el que le corresponde. El Dios cristiano sólo conoce individuos sueltos, sin entronque alguno, pero no razas, ni estirpes, ni pueblos, ni naciones, ni tampoco individuos adscriptos a éstas o a una estirpe; vale decir sólo conoce almas individuales, emergentes de la nada por un acto de creación.

De este modo, el problema de porqué un hombre pertenece a ésta y no a otra estirpe encierra un misterio teológico. La ortodoxia cristiana lo "explica" con un: Dios lo ha querido así, y este designio divino permanece inescrutable para la intelección humana. La teoría protestante de la pre-destinación, según la cual está ya predeterminado en el es-

píritu divino que cada hombre tiene que ser tal como él aparecerá en su existencia terrena, lejos de aclarar la cuestión, la torna más difícil y oscura.

Leibniz da carta de naturaleza filosófica a esta idea, al concebir todo acaecer en la sustancia humana individual como una consecuencia de su concepto, tal como éste se ha originado en la inteligencia de Dios.

4. *La rueda de la "tardanza".*

Al quedar apresado en la rueda cósmica de su *karma*, que no de otra manera puede pensarse el nexo de los individuos con la estirpe en un devenir cíclico siempre recomenzante, el hombre argentino concibe y vive el tiempo como incrementación constante de su destino, de sus posibilidades vitales, es decir como movimiento de una rueda que en cada giro se agranda, se enriquece en su sustancia. Por eso, para él, dentro del cuadro de la cosmogonía gaucha,

*el tiempo sólo es tardanza
de lo que está por venir.*

Un futuro que es puro esquema, en el que no hay nada que pueda acaecer, de lo que ya está, como virtualidad, insinuado en nuestro ser, en nuestro expectativa, es un futuro que no incide grávido en nuestro presente, baldío de las cosas que se esperan. En este caso no podemos hablar de "lo porvenir", que está ya contenido germinalmente en el presente, y que hace que éste se adelante elástico y confiado hacia él.

El argentino, en cambio, que, movilizado en el impulso hacia el mañana, va al encuentro de su porvenir, concibe el tiempo, y lo que él nos traerá, en la perspectiva de la "tardanza", como impaciencia creadora, en la que lo nuevo ya está pulsando en el anhelo esperanzado de que rebosa su

presente. Frente a este futuro porvenirista, predibujado por la esperanza y el afán, el futuro de la previsión astronómica y de la calculada objetividad de los resultados, "previstos", de la ciencia físico-matemática, no es nada más que un presente estático, en el que no hay nada que esté "por venir", que implique novedad y creación.

En el sentido de esta distinción, podemos decir, con exactitud, que el hombre argentino no es futurista, sino porvenirista. Para él el tiempo se temporaliza desde el futuro, en tanto éste es expectativa vital y existencial de lo que ya se encuentra en gestación, en un proceso henchido siempre de novedad, de realidades inéditas. De modo que este futuro, como futuro viviente, establece, tiene ya, un nexo con su pasado inmediato, con su ayer, y está inmanente en su hoy. Lo que está siempre "por venir" no se pierde en una dimensión rectilínea, que se aleja del impulso del punto de partida, sino que gira continuamente en torno del eje de la "rueda" que es el tiempo, para Martín Fierro.

Todo lo nuevo, todo el aporte creador que entraña "lo que está por venir" gira, con el movimiento de la rueda del tiempo, en torno de la vida argentina, del eje de la argentinidad, dilatando sus efectivas posibilidades, enriqueciéndola en la dimensión circular de sí misma.

La fe, la confianza, que el hombre argentino tiene en el porvenir, contemplado y sentido como mera "tardanza" de primicias inminentes, de una ventura y una prosperidad nacional ciertas, que están ya a la vista y que sólo demoran para la impaciencia del realizador, es fe en la distensión vital, creadora, del ser de la patria, que así ensancha, agranda y embellece su propio ámbito.

III. LA COSMOVISION POLITICA

1. Misión argentina de Martín Fierro.

De su extrañamiento vuelve, Martín Fierro, rico de experiencia, de una sabiduría decantada en solitaria meditación, durante su permanencia en el desierto.

Con los sobrios principios de la cosmogonía gaucha, integrando su visión total del mundo y de la vida, trae también, del todo madurado, cristalizado en verdades de densidad y justeza aforísticas, su ideario político. Toda una concepción estructural de la comunidad argentina, en sus líneas esenciales y permanentes, constituirá su clarividente mensaje patriótico, elemento medular del mito que él encarna y transmite ejemplarmente.

La cosmovisión política consta de dos partes, una negativa, crítica, en la que son expuestos sin eufemismos, los males, vicios y corruptelas que desvirtuaron nuestras instituciones, atentaron contra las normas de la convivencia social y estuvieron a punto de torcer el rumbo de la vida argentina, alejándola de su fuente mítica, de lo vernacular, que le daba fuerza y dirección; y otra positiva, constructiva, que traza los lineamientos básicos de la comunidad nacional, aquellos que derivan de sus esencias históricas, del mandato del comienzo creador que la trajo a la vida y del impulso del mito que la informa.

Incorre, pues, en craso error Menéndez y Pelayo cuan-

do piensa que el genial intérprete de "Martín Fierro", nuestro poema épico, sólo se inspira en un propósito de "reforma social", o sea, en lo históricamente contingente de un estado social y político, en un fenómeno adjetivo y transitorio. Porque ha examinado el poema con anteojeras de erudito, no ha visto en él lo esencial, y de aquí que lo juzgue superficialmente, al afirmar que el pensamiento "de reforma social resulta más visible de lo que convendría a la pureza de la impresión estética, defecto que crece sobremanera en la segunda parte titulada "*La Vuelta de Martín Fierro*" (Antología de Poetas Hispano-americanos IV).

La misión argentina de Martín Fierro se cumple en dos etapas, separadas entre sí por la ausencia del protagonista, por su obligado alejamiento del terruño, todo un símbolo, y también lección condenatoria de un estado de cosas y de sus responsables, la minoría a cuyo cargo estaba el regimiento del país; primero, la hostilidad y la injusticia cuya consecuencia sería la expatriación, recurso inevitable si había de salvar su libertad, bien que siempre impone al hombre los mayores sacrificios; después, el retorno, el reencuentro con la patria, con sus dolores, pero ya en el plano del enjuiciamiento crítico, y en el superior de la visión instauradora, es decir teniendo por norte el ideal de la comunidad argentina, que no es otro que el reconocimiento de sus valores permanentes, de su esencia, cimentada ya en los orígenes, y la decisión de servirlos y realzarlos con fidelidad y amor. De aquí la articulación del poema en dos partes, cuya correlación es intrínseca.

En la segunda que contiene los relatos del hijo mayor de Martín Fierro, de Picardía y del hijo menor y los "consejos" de aquél a sus hijos hay una apreciación crítica (los relatos), a la que hemos ya aludido, expresiva de un profundo disconformismo con relación a la realidad política y

social. Las cosas están mal para el argentino autóctono; en un ambiente que comienza a ser el de una factoría en expansión, él representa muy poco dentro del cuadro de necesidades reguladas por el interés forastero, que, instrumentando los servicios de la clase dirigente, canaliza vías y monta artilugios legales, para dominar —colonizar— sin fricciones ni sobresaltos. Leyes e instituciones parecen hechas para facilitar la persecución del gaucha y el desconocimiento sistemático de sus derechos, imponiéndole sólo obligaciones. Como nos dice Lugones, el gaucha "como hijo de la tierra, tuvo todos los deberes, per ni un solo derecho, a pesar de las leyes democráticas" (*El Payador*, pág. 72, ed. cit.).

Se lo trata como a un paria, con todo rigor, cuando, después de haberse desangrado por la patria, todavía es la carne sufrida en los cuadros de la Guardia Nacional y en el servicio de defensa de la frontera con el aborigen; también es número computable en las votaciones canónicas y regimentadas —farsa electoral— de los gobiernos imperantes. La movilización eleccionaria que se hacía de él, en desmedro de su ingénita altivez, era el procedimiento más indicado para embotar y envilecer el arraigado sentimiento que tenía el gaucha de su autonomía personal, la mejor prenda que puede exhibir el argentino de hoy, y a quien él se la ha legado intacta; por este camino lo llevaron al indiferentismo y a la apatía cívica. Sobre esta penosa situación y la causa que la ha producido, escribe, también con acierto, Lugones: "¡La política! He aquí el azote nacional. Todo lo que en el país representa atraso, miseria, iniquidad, proviene de ella o ella lo ha explotado, salvando su responsabilidad con la falacia del sufragio. La situación del gaucha ante esa libertad de pura forma cuyo fruto es la opresión legalizada del que la ejerce, Martín Fierro va a formularla":

*El nada gana en la paz
y es el primero en la guerra;
no le perdonan si yerra,
que no saben perdonar,
porque el gaucho en esta tierra
sólo sirve pa votar*

Y a la protesta por la incomprensión e injusticia de que es objeto, por parte de los que desoyen su queja, pone contera la estrofa siguiente:

*Para él son los calabozos,
para él las duras prisiones
en su boca no hay razones
aunque la razón le sobre;
que son campanas de palo
las razones de los pobres.*

No es detrás de la "falacia" del sufragio, de acuerdo a un concepto meramente formal de éste, y, por tanto insuficiente, que se oculta la irresponsabilidad de la mala política, como pensaba Lugones, sino detrás de la parodia del sufragio, como recurso de una democracia que no podía ser efectiva porque estaba mediatizada por intereses económicos extranjeros, ya que se la había organizado en la funcionalización de su estructura legal, para encadenar el país a una indefinida servidumbre colonial.

2. Muerte y renacimiento del gaucho.

Lugones parece establecer una relación de dependencia recíproca entre aquella parodia electoral, las elecciones oficializadas, y la supervivencia del gaucho, su psicología, sus costumbres. De aquí que afirme: "... y como significativo fenómeno, la desaparición de aquel atraso viene a coincidir

con la suya" (*El Payador*, pág. 71, ed. cit.). No habría en la sincronización de ambas cosas más que una mera coincidencia, pues, como ya lo hemos indicado, el "sistema", electoral, entonces vigente, no sólo no se conformaba con la índole y la vocación del gaucho, hombre fundamentalmente libre, y celoso de su autonomía personal, también en lo político, sino que las escarnecía, al atentar contra todo aquello —cualidades positivas de su carácter— en que cifraba su dignidad, llevándolo a ese estado de altiva indiferencia cívica, en que se recató.

Piensa Lugones que el gaucho ha desaparecido, y que su desaparición es necesaria consecuencia del progreso social, por ser él producto supérstite del pasado, es decir extraño ya a las nuevas condiciones de vida, informadas por el incremento de la técnica y otra clase de economía. Se duele de que una figura de perfiles tan recios y nobles no haya tenido fuerzas para sobrevivir y prosperar, pero, invocando, con un alcance que no tiene, esa ley del progreso, noción cara al superficial positivismo sociológico, agrega: "No lamentemos, sin embargo, con exceso su desaparición. Producto de un medio atrasado, y oponiendo a la evolución civilizadora la renitencia, o por mejor decir, la incapacidad nativa del indio antecesor, sólo la conservación de dicho estado habría favorecido su prosperidad" (Op. cit., pág. 71).

Lo que, en realidad, ha desaparecido, tras haber hecho su ciclo en medio de la adversidad, es una promoción histórica del gaucho, una expresión suya, adscripta al espíritu y a la modalidad social y política de una época, porque el gaucho mismo, contemplado en su estructura arquetípica, como alma, como estilo gentilicio, como módulo biológico y ontológico, sólo se ha metamorfoseado, para adaptarse al clima histórico de un nuevo estado de cosas, a la nueva fisonomía

de la nación, esfuerzo que supone el proceso correlativo, de adaptación, por parte del ser en mutación y devenir —el gaucho—, de la civilización técnica y material, de sus artilugios y valores instrumentales, a su índole esencial, a su plasma vital, a la entrañada pauta de su destino anímico. Sólo que este último aspecto —el fundamental— del proceso adaptativo suele pasar innotado, dándose por inexistente, por los que juzgan el fenómeno ateniéndose a los falsos y superados esquemas del evolucionismo darwinista y spenceriano. Ha periclitado, sin duda, una modalización histórica del gaucho, pero su esencia seguirá latiendo en toda empresa que pueda y deba llamarse argentina.

Sus rasgos típicos, inmanentes en el argentino autóctono y hasta en la descendencia criolla, que en el pasado cuajaron no sólo en un *ethos* original, sino incluso en el aspecto físico y en la indumentaria, todavía no han logrado revestir nueva forma, atuendo colectivo, dentro de la modificada situación del país. Porque no lo vemos en su estampa clásica, creemos que el gaucho ha desaparecido del todo. Pero, si el argentino de hoy afina un poco su mirada introspectiva, verá al gaucho, y lo verá presente en el arte y las letras, y dispuesto a señorear, con sobrada aptitud, todas las modernas instrumentaciones de la técnica. Su tipo humano se reitera, y transformado, a tono con las exigencias de la época, sigue otorgando continuidad al alma nacional, prospección a lo raigalmente nuestro. Es cierto que estuvo a punto de irse del todo cuando, por la fuerza aluvional del aporte inmigratorio, colonizador, la patria comenzó a adquirir una fisonomía gringa. Y a buen seguro ella habríase convertido definitivamente en una factoría, en un emporio para mercaderes en franquía, si el alma gaucha, retraída en sus pliegues más íntimos, reconcentrada en la callada fuerza de su mito, no hubiese seguido alentando como potencia oculta e insobornable.

Ya, cuando Hernández lo asió del fleco de su poncho, empezaba a semejar una silueta desvanecida entre los últimos horizontes de la pampa. Su apoteosis, su glorificación, en el poema, no es una elegía, sino el retorno —“la vuelta”— del que parecía irse para siempre, su palingenesia anímica.

Lugones, valorando el “Martín Fierro” sólo en su dimensión estética, ha visto y exaltado, con acentos magníficos, la estampa romántica y épica de una promoción del gaucho, que, no obstante ser la de la gesta heroica, conoció el desamor y la ingratitud, encaminándose a su ocaso sin una protesta, como si el premio a su sacrificio consistiese, para ella, únicamente en su propia nobleza. “El gaucho aceptó —nos dice Lugones— su derrota con el reservado pesimismo de la altivez. Ya no necesitaba de él la patria injusta, y entonces se fué el generoso. Herido al alma, ahogó varonilmente su gemido en canciones. Dijérase que lo hemos visto desaparecer tras los collados familiares, al tranco de su caballo, despacito, porque no vayan a creer que es de miedo, con la última tarde que iba parpadeando como el ala de la torcaz, bajo el chambergo lóbrego y el poncho pendiente de los hombros en decaídos pliegues de bandera a media asta” (Op. cit., pág. 73).

Murió porque era su destino renacer; de declinación y muerte se nutren todos los renacimientos, que son siempre, cuando se ha perdido el hilo de la fluencia, un volver a la fuente, un retomar paradigmas originarios, cuando se ha borrado la impronta del modelo. Hernández, a través de la encarnación simbólica de “Martín Fierro”, nos descubrió el arquetipo, instaurándolo en la renovada prospección de su ejemplaridad. Con ello izó el pendón del mito gaucho, no para su época o la siguiente, sino para siempre. Ya lo dijo el grande entre los más grandes, Hölderlin: “se agota la co-

riente, pero hace —memoria el mar y recuerda—, y el amor clava los ojos, diligente, mas lo que perdura, lo instauran los poetas” (Ausgehet der Strom. Es nehmet aber —Und giebt Gedächtnis die See—, Un die Lieb’ auch heftet fleissig die Augen. Was bleibet aber, stiften di Dichter. (*Andenken*, Bd. IV, pág. 63, ed. Hellingrath).

“Lo que perdura, lo instauran los poetas”, nos lo revelan, mediante la esencia, fundadora, del logos poético, en su verdadero ser. Es así, podemos decir, que el gaucho se fué, pero para volver, y devenir, por el estro del poeta, presencia constante, comienzo, continuidad y fin de aquello que, para los argentinos, será siempre memorable y de donde, si hemos de llegar a ser lo que somos, tenemos que extraer memoria y vida.

El intérprete de Martín Fierro sabía, por haber llegado hasta esta presencia monitoria y evocádola con amor, que también sobrevivirá en su luz, quedando, para siempre, acogido a su numen:

.....
*me tendrán en su memoria
 para siempre mis paisanos.*

3. Vivencia pampeana de la libertad.

El hijo mayor de Martín Fierro nos dirá, en el relato de las peripecias a que lo empujó el desamparo, la suerte del paria que cae gratuitamente en las redes de la ley, al imputársele un delito que no ha cometido. Su canto nos muestra un aspecto de la encrucijada adversa que, con sus hermanos —toda la prole gaucha— tendría que afrontar. Privados de la asistencia paterna, y sin protección tutelar

alguna que la sustituyese, quedaron a merced de la intemperie de la pampa y la miseria:

*Recordarán que quedamos
 sin tener dónde abrigarnos;
 ni ramada ande ganarnos,
 ni rincón ande meternos,
 ni camisa que ponernos,
 ni poncho con que taparnos.*

*Me crié, pues, como les digo,
 desnudo a veces y hambriento;
 me ganaba mi sustento,
 y así los años pasaban;
 al ser hombre me esperaban
 otra clase de tormentos.*

El mayor de estos “tormentos” sería la cárcel, a la que va a parar a causa de aquel malhadado error sumarial, que no se rectifica porque, como lo abonaba la experiencia de su raza,

*la ley es tela de araña,

 pues la ruempe el bicho grande
 y sólo enrieda a los chicos.*

El aislamiento y la soledad del encierro penitenciario le hacen pensar, ensimismarse en busca del porqué de su situación, y se percata que su caso personal es sólo el de mera víctima propiciatoria, expresión de un anómalo estado social, de un régimen que ignora la equidad. Entonces fermenta en él, calladamente, sin alardes explosivos, casi como un resultado más de la reflexión que del sentimiento, la rebelión.

*Adentro mesmo del hombre
se hace una revolución:
metido en esa prisión,
de tanto no mirar nada,
le nace y queda grabada
la idea de perfección.*

Y, así, en su espíritu atribulado, nace, con la idea de perfección, el anhelo, que sólo llega a insinuarse, de una patria mejor, justa con sus hijos y protectora de sus vidas. Añora la libertad, perdida, núcleo luminoso de la idea de perfección, libertad consustanciada con su ser de hombre que la mide y valora por la elasticidad indefinida de la fuerza de distensión con que el jinete gaucho, centauro de nuestro mito, señorea la llanura, tan suya, tan su elemento, como el agua, del pez, y el aire, del pájaro:

.....
*¡Qué diera yo por tener
un caballo en que montar
y una pampa en que correr!*

4. Bienes que se malbaratan en "secreto".

En las estrofas en que el hijo segundo de Martín Fierro nos refiere el albur corrido, con sus alternativas y sus cuitas, la crítica de la vida política argentina se torna aguda y acerba, no obstante el humor picaresco que la matiza; esta crítica penetra en los entresijos del estado de cosas de la época, estado de insensibilidad para los dictados del interés nacional, y pone al descubierto los hilos de la tramoya gubernamental.

El hijo segundo de Fierro señala la situación inicial de abandono de él y los suyos y la causa de éste:

*El rigor de las desdichas
hemos soportado diez años,
pelegrinando entre estraños
sin tener donde vivir,
y obligados a sufrir
una máquina de daños.
El que vive de este modo
de todo es tributario;
falta el cabeza primario,
y los hijos que él sustenta
se dispersan como cuentas
cuando se corta el rosario.*

Es el consabido episodio de la desintegración del hogar del gaucho, por obra de la injusticia y torpeza de la sistemática acción persecutoria que, en nombre de la "civilización", atentaba contra el meollo mismo de lo argentino. Así, al igual que sus hermanos de infortunio, el muchacho anduvo "como todos", hasta que una tía senecta, sabedora de su suerte, lo "recogió a su lado", tía que, en la certera intuición popular, asumía en sí la función tutelar, que había declinado la patria por culpa de los encargados de ejercerla; pero, como

.....
*con razón dice el refrán
que lo bueno dura poco,*

la tía, que lo había instituido heredero "de los bienes que tenía", muere, y, como era inevitable, vinieron las formalidades en cuyo nombre se consumaría legalmente el despojo de los bienes a heredar:

*El juez vino sin tardanza
cuando falleció la vieja.
"De los bienes que te deja,
me dijo, yo he de cuidar:
"es un rodeo regular
"y dos majadas de ovejas".*

Le dijo, además, al heredero, frustrado por su celosa intervención, movida desde más lejos:

.....
... "vos sos menor
"y por los años que tienes,
"no podés manejar bienes,
"voy a nombrarte un tutor".
Tomó un recuento de todo
porque entendía su papel,
y después que aquel pastel
lo tuvo bien amasao,
puso al frente un encargao
y a mí me llevó con él.

Entre estos preliminares, y la adscripción al tutor, todavía no corporizado, se abre el interregno necesario para que el mandante verdadero y, en apariencia oculto, haga conocer su voluntad y disponga de los bienes de marras, asegurándose de la fidelidad servil con que los intermediarios legales harán efectivas sus órdenes (esfumar, mediante comercialización, la herencia).

Mientras tanto, el estado del beneficiario teórico de aquellos bienes no podía ser más astroso:

*Muy pronto estuvo mi poncho
lo mismo que cernidor;
el chiripá estaba pior,*

*y aunque para el frío soy guapo,
ya no me quedaba un trapo
ni pa el frío, ni pa el calor.
No sé decir con fijeza
el tiempo que pasé allí;
y después de andar así,
como moro sin señor,
pasé a poder del tutor
que debía cuidar de mí.*

Después de este deliberado quebrantamiento de la voluntad y de la capacidad reactiva del candidato, por medio de las privaciones —ascetismo del rigor impuesto, que no pudo, no obstante, obnubilar su inteligencia— aparece en escena el anunciado tutor, pero del "rodeo regular" y las "dos majadas de ovejas", bienes de los cuales debía cuidar aquél, ya no se habla más, pues por la mera funcionalización del aparato legal, mediatizado por las órdenes del verdadero mandante, se habían esfumado o se esfumarían:

*Me llevó consigo un viejo
que pronto mostró la hilacha:
dejaba ver por la facha
que era medio cimarrón;
muy renegao, muy ladrón
y le llamaban Vizcacha
Viejo lleno de camándulas,
con un empaque a lo toro.*

.....

Hernández nos hace una presentación del personaje, tipo de la mejor picaresca, con recios trazos sintéticos, y en la síntesis nos anticipa ya la valoración.

El hijo segundo de Fierro intuye el resorte del proce

dimiento legal del despojo, pero no lo explicita, pues le basta, apelando al buen entendedor, con la alusión plenamente intencionada:

*Lo que el juez iba buscando
sospecho y no me equivoco;
pero este punto no toco
ni su secreto averiguo.*

.....

Lo que en tiempos de Hernández era un secreto, que podía mantenerse como tal, y aunque sospechado ya por su víctima, cabía disimularlo todavía —el secreto de cómo desaparecía la herencia, del hijo de Martín Fierro— hoy es un secreto a voces, el verdadero secreto de Polichinela, cuya exégesis y explicación ensayamos aquí.

5. *El Viejo Vizcacha y la oligarquía.*

En el poema de Hernández, el viejo Vizcacha personifica cabalmente a la oligarquía gobernante, y lo que le había dejado la tía al hijo de Fierro, el “rodeo regular” y las “majadas de ovejas”, es decir los bienes que debían de ser su pertenencia, representan los intereses vitales del pueblo argentino, que aquella —el Viejo Vizcacha del símbolo— en puro personero “administraba” y malbarataba.

El Viejo Vizcacha es un personaje de jerarquía negativa, es el símbolo perfecto, axiológicamente lastrado de desvalor de la oligarquía “argentina”, que actuó y actuaba en función y por orden emanada del mandante oculto, pero real, ese mandante cuya voluntad se cumplía por los servicios y diligencias de una serie perfectamente eslabonada de intermediarios, apoderado, juez, tutor —políticos del mismo o distinto pelambre— personajes, todos, mediatizados

por él y a su disposición. El Viejo Vizcacha tipifica la clase oligárquica que rigió los destinos del país, con todos sus vicios, sus mañas, cinismo, sus trapacerías, obsecuencia y sórdido utilitarismo.

Así como, en una determinada concepción axiológica, los extremos de la escala de los valores están constituidos por Dios y el Diablo, como lo absolutamente valioso y el absoluto desvalor, la malignidad perfecta, respectivamente, en nuestro poema épico, Martín Fierro y el Viejo Vizcacha forman una antinomia polar en la jerarquía axiológica, como lo positivo y lo negativo en la ejemplaridad. En este sentido, Vizcacha es la contrafigura de Fierro. Pero, no obstante toda su maligna picardía, él no es el Diablo, está muy lejos de serlo, sino que es una interpósita persona del Diablo, es decir que, en su malignidad enteramente mediatizada, es sólo un *pobre diablo*, que posee una maldad de reflejo.

De un tiempo a esta parte —desde la vigencia de la ley Sáenz Peña— y más acentuadamente en los últimos, a raíz de las contiendas eleccionarias y la apasionada polémica política, promovida por ellas, el pueblo —en trance electivo, esta vez, de reivindicar sus derechos a la vida, a su bienestar económico— se ha forjado, en su ingenua buena fe, una idea excesiva, exorbitante, de la oligarquía hasta ayer influyente, de su fuerza y sagacidad política. Le atribuye un poder superlativamente diabólico en el orden económico y político, lo que es un grave error, una ilusión proveniente de una falta de óptica para lo que está detrás de su *modus operandi*, suscitándolo y activándolo. Porque no ha habido ni hay, dentro de la dinámica social e histórica argentina, nada más impotente e inerte que nuestra clase oligárquica, que no demostró nunca estar animada de energía creadora, de impulso constructivo, que carece de

iniciativa operante y de verdadero espíritu de empresa, y que se la ha pasado invocando, con alarde baldío, una ascendencia histórica a la cual, de ser la suya, lo que es dudoso, le ha sido totalmente infiel. Los representantes de esta oligarquía —con existencia efectiva en los presupuestos de la administración nacional, y subsidiaria en el renglón “comisiones, gastos y viáticos”, del balance de las compañías extranjeras— recibían de sus mandantes de fuera, con humildad de inmanumisos, órdenes, a ejecutar, y consignas para la acción política, en los bufetes ferroviarios, en la antesala de la gerencia de los Bancos extranjeros o de las representaciones de los consorcios y compañías capitalistas internacionales.

Después de relatarnos las mañas del Viejo Vizcacha, presentándolo de cuerpo entero, en su modo de ser absolutamente desaprensivo, el hijo segundo de Martín Fierro hace resaltar, con triste ironía, la paradoja, la aberración de que aquel personaje le fuese designado como tutor:

*Ese fué el hombre que estubo
encargao de mi destino.*

.....

*Cuando el juez me lo nombró
al dármelo de tutor,
me dijo que era un señor
el que me debía cuidar,
enseñarme a trabajar
y darme la educación.*

Otro tanto podría decir, toda la prole argentina de Martín Fierro, del tutelaje ejercido sobre él, en lo político, en lo moral y en lo económico, por el Viejo Vizcacha, personaje

supérstite a través de sucesivos avatares, plasmados cabalmente en la política de un régimen, en la idiosincrasia de una clase gobernante.

6. *La filosofía del Viejo Vizcacha.*

El Viejo Vizcacha también tiene su filosofía, sus pragmáticas; filosofía del lugar común, espigado en la experiencia de una vida puramente vegetativa, en la que sólo es árbitro el nudo instinto de conservación. Recluído en el reducido ámbito de su mundo circundante —su cueva—, nada sabe de dimensiones mundanales, ni de los mundos humanos, microcosmos encendidos, que ruedan en la ecúmene espiritual.

Las ideas de Vizcacha traducen una cautela utilitaria y sórdida; su formulación es sentenciosa y refranera. La moral del personaje, si así podemos llamarla, sólo se nutre de mezquina previsión sanchopancesca, de un sensualismo avaro y jocosos, a la vez. Su cinismo, calculador y bajuno, que cristaliza en consejos, sería del todo repugnante si no le prestase salvoconducto su sabor picaresco, de buena ley. Ello se documenta con su simple muestrario:

.....
“Jamás llegués a parar
“a donde veás perros flacos”

“Hacéte amigo del juez

.....

*pues siempre es güeno tener
palenque ande ir a rescarse”.*

“.....
*hasta la hacienda baguala
cái al jagüel en la seca”.*

*"No andés cambiando de cueva,
.....
vaca que cambia querencia
se atrasa en la parición".*

Ante todo, hay que pasarla bien, sin preocuparse de nada, replegado en el más insensible egoísmo, absteniéndose de tomar la menor participación en los afanes y tribulaciones humanos. Para Vizcacha, la comida, el yantar, es decir el apetito o deseo de comer, es la medida de todas las cosas, inclusive del hombre y de los dioses. Al principio económico-antropológico de Feuerbach de que "lo que determina al hombre es su alimento" (*Der Mensch ist das, was er isst*), diríase que lo ha elevado a postulado moral inconcuso y absoluto, viniendo a rezar: el Bien consiste en el yantar; ningún comedimiento o iniciativa riesgosa debe apartar al hombre, haciéndosela olvidar ni por un minuto, de esta finalidad suprema:

*"No te debés afligir
aunque el mundo se desplome:
lo que más precisa el hombre,
tener, según yo discurro,
es la memoria del burro
que nunca olvida ande come".
"Dejá que caliente el horno
el dueño del amasijo;
lo que es yo, nunca me aflijo
y a todito me hago el sordo:
el cerdo vive tan gordo
y se come hasta los hijos".*

*".....
lleváte el ejemplo mío,
y llenarás la barriga;
aprendé de las hormigas:
no van a un noque vacío".*

Ajustándolo a estos criterios instrumentales, con relación a aquel bien "supremo", y de acuerdo a una pauta crematística pastoril, da categoría de principio rector y normativo a la ya clásica advertencia criolla del "¡no te metas!":

*".....
cuando veas a otro ganar
a estorbarlo no te metas:
cada lechón en su teta
es el modo de mamar".*

Nada de singularizarse por el esfuerzo personal, por la pasión creadora, por la rebeldía generosa, por la obra lograda con desvelo y amor, todo lo que el hombre respalda con su responsabilidad moral e intelectual, porque ello puede conspirar peligrosamente contra la paz sensual, de que debe estar rodeado el sagrado culto de la bucólica:

*"El que gana su comida
bueno es que en silencio coma;
ansina, vos ni por broma
querrás llamar la atención:
nunca escapa el cimarrón
si dispara por la loma".*

7. Las dos muertes de Vizcacha.

Enfermó Vizcacha y, al agravarse, se llamó a la granjera, pero ya no había nada que hacer, y ésta "en cuanto lo vió" dijo:

*"Este no aguanta el sogazo;
muy poco le doy de plazo*

....."

Después de larga y mortificada agonía, en la que pedía al diablo, al verdadero Diablo, "que lo llevara al infierno", expiró Vizcacha.

Vino el "alcalde" a hacer el inventario de los efectos que había dejado —verdadero escrutinio de lo que fué pertenencia de un Sancho culposo—, y el resultado del mismo aportó la rotunda confirmación de que el Viejo Vizcacha siempre trabajó por cuenta ajena, de otros, de su lejano mandante, como testaferro de los intermediarios de éste, y que las cosas de su propiedad —su estado financiero— eran el producto, de muy poca monta, de sus consuetudinarias raterías. Entre el *bric-a-brac* que atesoraba, había "guascas, lazos, cabrestos, coyundas, cencerros, espuelas, alesnas, cuchillos, «recaos», tarros de sardinas, ollas, frenos, «estribos quebrados»"; es decir parecía un coleccionista enciclopédico, faltando sólo las medallas conmemorativas y demás chatarra "histórica". Terminado el inventario, y aun insepulto Vizcacha, le notificó el alcalde al hijo segundo de Fierro:

*"Vos serás el heredero
"y te harás cargo de todo".*

.....

*"voy a nombrar albacea
uno de los circunstantes".*

Pero fresco aun estaba en la memoria del pupilo el cuento de la guarda de la herencia que le dejó la tía:

*¡Bendito Dios!, pensé yo:
ando como un pordiosero,*

*y me nuembran heredero
de toditas estas guascas:
¡quisiera saber primero
lo que se han hecho mis vacas!*

Y se largó a ambular, a gozar de su libertad, dispuesto a eludir al juez, "de miedo de otro tutor", pues tenía muy presente las palabras de aquél, con motivo de los auténticos bienes de que, en teoría, era legítimo beneficiario:

*"Yo cuidaré, me había dicho,
"de lo de tu propiedad;
"todo se conservará,
"el vacuno y los rebaños
"hasta que cumplás treinta años
"en que serás mayor de edad."*

Su caso es el mismo del pueblo argentino, pues si recién a los treinta años! sería mayor de edad, éste, condenado indefinidamente a minoridad (pueblo joven, necesitado de administradores, de fuera, y tutores, de dentro), tuvo que resolverse, contra la voluntad del mandante efectivo y los buenos oficios de sus agentes nativos, a asumir, por propia decisión, su mayoría de edad.

El óbito de Vizcacha fué una truhanería de pícaro; reencarnó en su progenie política, para seguir proyectando su sombra —la sombra del manzanillo o la "del árbol que tiene leche"— sobre la vida argentina, pero esto también tendría un límite.

En un día de octubre de la época contemporánea —bajo una plúmbea dictadura castrense—, día luminoso y templado, en que el ánimo de los argentinos se sentía eufórico y con fe renaciente en los destinos nacionales, aparecieron en escena, dando animación inusitada a la plaza pública,

los hijos de Martín Fierro. Venían desde el fondo de la pampa, decididos a reclamar y a tomar lo suyo, la herencia legada por sus mayores. Ante esta inesperada presencia, el albacea político y espiritual de Vizcacha, la llamada oligarquía —ya en grave crisis, y empeñosamente asistida por un curandero del Norte, con facha e ínfulas de matarife— se palpó el cuerpo, buscándose, en vano, el corazón, y con susto y sin gloria, sin un gesto viril, sucumbió, pero no de muerte natural.

8. Letra de las ortodoxias y libertad del espíritu.

Picardía, el hijo del infortunado sargento Cruz, el hombre que, tocado por la ejemplaridad de Martín Fierro, por su valor, se puso de su lado, contra sus compañeros policíacos, y lo siguió en su destierro, nos dirá también, con el verismo de sus estrofas, de la suerte que corrió, pareja a la de los hijos de Fierro.

Es un personaje que lleva el auténtico sello de la picaresca, y en este aspecto hace *pendant* con Vizcacha, aunque su adscripción a ella, a su estilo, a sus recursos característicos, le viene por ser hijo de la miseria, pues, en su índole verdadera, él es espontánea expresión de la bondad y buena fe gauchas:

.....
*los hijos de la miseria
 son muchos en esta tierra.
 Así, por ella empujado,
 no sé las cosas que haría,
 y, aunque con vergüenza mía,
 debo hacer esta advertencia;
 siendo mi madre Inocencia,
 me llamaban Picardía.*

Al quedar en el "desamparo", sin haber conocido siquiera a su padre, fué llevado a su lado por un hombre, para cuidar las ovejas, mas no con ánimo protector. Así, sometido a un trato inhumano, Picardía conoce una serie de penurias, y resuelve librarse de su circunstancial guardador:

*De trato tan riguroso
 muy pronto me acobardé;
 el bonete me apreté
 buscando mejores fines,
 y con unos bolantines
 me fui para Santa Fe.*

Siguió, por un tiempo, agregado a la gente de la maroma, de aprendiz de pruebista, pero una broma de mal gusto, que hizolo caer de la cuerda, lo indujo a apechugarla sólo con la suerte, "sin saber donde *meterse*". Pensaba ya en retornar al pago, cuando le salieron "unas tías" —tías literal y ortodoxamente "providenciales"— que lo recogieron:

*Con aquella parentela
 para mí desconocida,
 me acomodé ya en seguida;
 y eran muy buenas señoras,
 pero las más rezadoras
 que he visto en toda mi vida.*

Comenzó, sin tardanza, la obra catequista de las "rezadoras" y ultra-ortodoxas tías, y, con ella, a sufrir el inocente catecúmeno. Le enseñaban las oraciones usuales, y Picardía, al repetirlas de memoria, maquinalmente, se equivocaba, pareciéndole que en tal circunstancia le "entrara el malo" y en lugar de rezar, como se le ordenaba, "Artículos de la

Fe”, decía, atorado por el apremio dogmático, “Artículos de Santa Fe”. Es que, en el fondo, sospechaba y sentía, como la mayoría de los argentinos, que, en religión, como en todo lo demás, la letra, la literalidad del dogma —expresión inequívoca de agresivo fanatismo y de ausencia de verdadera fe— siempre esteriliza y mata, y sólo el espíritu, realzado por la tolerancia, vivifica y convence. Tras la equivocación inocente, venía el “coscorrón” inquisitorial de las tías ultramontanas, y él, movido por “el malo” a una reacción entre irónica y jocosa (recursos, también, de la conciencia que defiende su libertad), tornaba a repetir, en vez de “Artículos de la Fe”, “Artículos de Santa Fe”. Picardía objetaba irónicamente, con gracejo gaucho, una fe cuya letra querían inculcársela a coscorrones, es decir a la española.

Pero no pararon aquí las tribulaciones catecúmenicas de Picardía, quien era tentado a tales “herejías” por la presencia de la criada mulata, que integraba, como *fiscal*, el equipo de la Santa Inquisición, formado por las tías. “Una noche de tormenta”, en que involuntariamente, inducido al pecado venial por una mirada luciferina del fiscal, se equivocó apenas, al invocar un nombre del santoral, diciendo San Camilucho, en lugar de San Camilo, faltó poco para que le preparasen una hoguera purificadora para su cuerpo, en bien de su alma; le llovieron, por el celo de las angélicas tías, coscorrones, codazos, puntapiés, etc., es decir quedó, mediante adecuada catársis, tocado de la gracia. Nada más eficaz e indicado, para alcanzar la beatitud, que el silicio de la penitencia, sobre todo cuando éste es impuesto al prójimo, con la santa intención de “salvar” su ánima. Pero, todavía le estaba reservado, en su camino de perfección, de aprendizaje religioso, someterse, bajo la férula de

las émulas de Torquemada, a una última maceración, al más convincente de los “ejercicios espirituales” puesto que, para ello, tuvo que poner a contribución su cabeza con los accesorios. En una de las oraciones habituales

.....
*al pedir la extirpación
 de todas las herejías,*

incluso, seguramente, de la propia, dijo “entripción”, por extirpación, y entonces sus ángeles tutelares le “cayeron sin ruido”, suavemente, y le arrancaron todo un mechón de pelo. Muchos días le duró el dolor, hasta el extremo que recordaba con escozor místico el trance

.....
*y pedía siempre al rezar
 la extirpación de mis tías.*

Como resultado de este persuasivo proceso de catequización, a que estuvo sometido, Picardía salió escéptico acerca de las excelencias del dogma, que quisieron inculcarle, y hasta probablemente incrédulo respecto a sus artículos de fe, los que le supieron tan amargos que, por asociación, por contraste, pensaba —interpolándolos en los rezos— en los productos de la industria casera de Santa Fe. Sin saberlo, realzaba la necesidad y bondad de la tolerancia, virtud ingénita en la mayoría de los argentinos, al pedir la extirpación del odio ultramontano, al que, con toda razón, veía y sentía exhaustivamente encarnado, personificado, en las adustas tías. Fatigado y asqueado de su sañuda beatitud, se aburrió de tal pesadumbre ortodoxa, hija de la falta de imaginación y de la sequedad de alma:

*Y dale siempre rosarios,
noche a noche y sin cesar;
dale siempre barajar
salves, trisagios y credos:
me aburrí de esos enriedos
y al fin me mandé mudar.*

Estamos frente a una inequívoca manifestación de ese cerril fanatismo, herencia funesta de España —de la España contrarreformista—, producto anacrónico, que en ésta pugnó y pugna siempre, a contrapelo de la conciencia universal, por sobrevivirse. Es este espinoso espíritu ultramontano el que ha secado, durante siglos, las tuentes del pensamiento español, el cual, constreñido violentamente dentro del molde del dogma, sin ninguna veleidad heterodoxa, sin pasión por la verdad, por la búsqueda libre y fecunda, no podía dar fruto, ni conocer la tentación del vuelo.

Consecuencia sintomática de este hórrido estado de estancamiento espiritual es que, en el dominio especulativo, el pensamiento español ha carecido, durante todo el siglo XIX, de significación, siendo nulo su aporte. Discurría, pobre y ramplón, por el cauce estéril de una filosofía eclesiástico-escolástica, de tendencia exclusivamente apologética; y, como adecuada contraparte, la módica y galimática heterodoxia “filosófica” del krausismo. Representantes conspicuos de aquella posición ultramontana fueron Balmes, el impagable, y Fr. Ceferino González, el no menos impagable. A ellos hace referencia Unamuno; al primero lo llama “Balmes, el filósofo (??) del sentido común”, y de él, además, dice: “. . . espíritu tan pedestre y tan pegado a tierra en sus especulaciones todas; . . . aquel excelente periodista que muchos quieren hacernos tragar como un gran filósofo; mayor que Fr. Ceferino González, sin duda”.

Hoy, favorecida por las circunstancias políticas internas, proclives a la teocracia, esta filosofía eclesiástico-escolástica, de “cuervos de púlpito y cornejas de altar”, vuelve con los mismos hábitos y las mismas alforjas, presentándose virulenta y cerrilmente agresiva contra el espíritu de la modernidad filosófica y el giro secular del pensamiento moderno. Sus corifeos, uniformados en un criterio tirado a cordel de ultra-ortodoxia, y munidos del salvoconducto del “*nihil obstat*” o “*imprimi potest*”, no son más que refritadores de los temas —de las piezas— perfectamente arqueológicos del tomismo y del neo-tomismo. Felizmente, como compensación y contrapeso de ese espíritu cavernícola, que pretende ahogar la cultura española en una especie de Hurdes escolásticas, está ahí la valiosa labor de Ortega y Gasset, mente abierta a las más fecundas corrientes del pensamiento europeo, el espíritu más libre y universal que en filosofía, haya dado España. En su séquito, y en el dominio de la actividad filosófica, también cabe señalar destacados exponentes de la “España peregrina”, incorporados ya a la vida intelectual de varios países de Hispano-América.

9. *Los lineamientos esenciales de la comunidad argentina.*

Los consejos de Martín Fierro a sus hijos y al de Cruz entrañan el aporte constructivo de su ideario político, dijimos. En efecto, ellos arrojan las bases permanentes de la comunidad argentina, jerarquizándola según principios esenciales de convivencia colectiva.

Aparte de las advertencias que se relacionan con el comportamiento personal, normas de moral práctica, casi acuñadas en proverbios por la sabiduría popular, todas ellas inspiradas en los cánones de temperancia individual, del justo medio aristotélico, en los consejos brillan nociones

rectoras, de ética social, moldeadas en la esencia de la vida argentina y válidas para todo tiempo.

Refiriéndose a esta parte del poema, Lugones considera superfluas, y como demás, las ideas que fluyen de tales normas, y afirma: "...la filosofía de cargazón que inspira los consejos finales de Martín Fierro" (Op. cit., pág. 165).

Nada de eso. Es de lamentar que haya escapado a su penetración el real alcance de esta filosofía, que lejos de ser de "cargazón", algo excedente, pone sobrio remate a la intención que anima todo el poema; que es una exégesis exotérica, a veces un tanto velada, de la argentinidad, la epifanía dolorosa del verdadero ser de la patria.

Predica, ante todo, un evangelio de la eficiencia moral, contra el atiborramiento inútil de principios que no se practican, de todas esas nociones detallistas e intrascendentes, sóliticas en los sistemas de enseñanza provenientes del enciclopedismo iluminista; exalta la necesidad de un saber asimilado, transformado en sustancia espiritual, en lugar de y contra la polimatía, que elude la dimensión de profundidad de la cultura y es el antecedente directo de la pedantería erudita y ergotizante de todos los verbómanos y eristas:

*Hay hombres que de su ciencia
tienen la cabeza llena;
hay sabios de todas menas,
mas digo, sin ser muy ducho;
es mejor que aprender mucho
el aprender cosas buenas.*

Nuestra comunidad nacional ha de basarse, como sobre su cimiento natural, en el trabajo productivo, en todos los órdenes, porque

El trabajar es la ley,
.....

El destino del pueblo argentino es ser un pueblo de trabajadores, bajo la égida de la equidad, de la convivencia pacífica:

*El hombre no mate al hombre
ni pelée por fantasía:*
.....

La paz interna, expresión de solidaridad y cohesión social, es, para nosotros, el mayor de todos los bienes, supuesto imprescindible de todos los demás y, a la vez, testimonio de nuestro arraigado pacifismo, de nuestra vocación por la paz internacional, ideal consustanciado con las aspiraciones más íntimas del alma argentina.

La realización del destino común, el incremento y felicidad de la Nación, en el concierto de los demás pueblos, así como la conquista del respeto para nuestra personalidad y reconocimiento de nuestros derechos, de su parte, dependen de nuestra aptitud para convivir en paz entre nosotros mismos, todo lo cual sólo ha de lograrse por una efectiva hermandad en el ideal, en los sentimientos y en la distribución de los bienes, por la decisión de laborar y construir sobre el firme fundamento de la unión de todos los argentinos:

*Los hermanos sean unidos,
porque esa es la ley primera;
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea,
porque si entre ellos pelean
los devoran los de ajera.*

La consigna y el imperativo de cada argentino y de todos juntos no son otros que poner, por encima de los intereses banderizos e ideologías políticas parciales, la Nación una integradora, que como unidad viviente, alentará en cada uno de ellos, porque en su realización y en su plenitud histórica

verá la realización de sí mismo, de su propio ser, en sus fines humanos esenciales. La plenitud de un destino argentino es un ideal que reclama permanente consagración, lucha y sacrificio; supone también una vida que, vocada a lo valioso y difícil, esté dispuesta, para alcanzarlo, a renunciar a las ventajas inmediatas que reporta el éxito meramente material, a la comodidad y el sensualismo utilitario:

.....
*siempre corta por lo blando
 el que busca lo seguro;
 mas yo corto por lo duro,
 y así he de seguir cortando.*

Peticiona Martín Fierro, y, con él, José Hernández, una comunidad armónica, libre, justa, con su ideal educativo, inspirado tanto en sus esencias históricas como en sus ingredientes espirituales y sociales, con sus creencias libremente profesadas, en un clima de tolerancia recíproca, y asentada en el derecho a la vida de todos los argentinos. Para que ella sea una realidad, es necesario, ante todo, radicar en la tierra al trabajador autóctono, asegurándole las condiciones que requiere la labor ordenada y productiva; sólo así no habrá parias errantes en la pampa, cuyo último avatar está representado por el tipo del "linyera":

.....
*y, en su destino inconstante,
 sólo el gaucho vive errante
 donde la suerte lo lleva.* ●

*porque naidas toma a pechos
 el defender a su raza;
 debe el gaucho tener casa,
 escuela, iglesia y derechos.*

Para la consecución de todos estos fines, otras tantas directivas inmanentes a nuestra comunidad nacional, a su proceso constitutivo, era tarea previa terminar con un sistema de gobierno que deliberadamente impedía el ascenso del pueblo al área de las decisiones políticas en la vida nacional, escenario en el que brillaba por su ausencia el verdadero protagonista de las peripecias históricas, únicas que dan cuenta de la autenticidad de un destino colectivo:

*Mas Dios ha de permitir
 que esto llegue a mejorar,
 pero se ha de recordar
 para hacer bien el trabajo,
 que el fuego, pa calentar,
 debe ir siempre por abajo.*

Vale decir que el pueblo argentino, como *natura naturans* política, debe estar, no fuera, sino dentro de la forma del Estado. Vivificando así el molde estatal por la concreta y dinámica sustancia popular, recién cabe hablar de un Estado argentino, con específicas tareas históricas y con una orientación política. Hasta esta incorporación, nuestro Estado nacional era una parodia de Estado; arrastraba una vida en falencia, desde que la clase oligárquica, que se había adueñado de él, no realizaba ningún fin histórico propio, no hacía del mismo un cauce para su expansión vital, como clase, para creaciones, en lo político, en lo cultural, en lo económico, que llevasen su sello, que fuesen signo expresivo de su "voluntad de poderío". Esta "minoría ilustrada", carente de todo programa de empresa histórica, sin espíritu misional, gobernaba simplemente, lo supiese o no, por delegación y tácito encargo de los intereses extranjeros, que habían mediatizado su función, haciendo del país un *Hinterland* colonizado, y tributario de sus necesidades metropolitanas.

10. *La conquista de una conciencia nacional.*

Y de este modo se nos plantea de nuevo el viejo problema del destino argentino y de nuestra civilización política, es decir del carácter y de la estructura institucional que ella ha de tener en relación con las costumbres y el estado social de nuestro pueblo; problema que preocupó a la generación de los fundadores, Moreno, Belgrano, Echeverría, Alberdi, Sarmiento, y que éstos no pudieron resolver en el plano de la elucidación doctrinaria porque no les fué dable ver los hechos, los resultados de la revolución emancipadora, atisbando su dirección y la faz interna de su despliegue germinal. No pudieron observarlos y hacer su prognosis, por encima de su proceso de gestación, porque ellos mismos estaban empeñados en éste, participando de él con sus pasiones e ideas, con su militancia política. De aquí la dificultad en que se encontraron para conquistar un punto de vista firme desde el cual abarcarlos en su verdadero significado y fuerza, a fin de conceptualizarlos con claridad y transcribirlos, ordenados e iluminados ya por la idea, en la doctrina y en las concepciones institucionales, proporcionándoles, así, para su desarrollo y maduración, adecuado cauce histórico y doctrinario.

Porque no se absolvió a tiempo la tarea fundamental de comprender bien los hechos, los resultados, de situarlos en el escenario de nuestra historia y de nuestro suelo, se impuso, tardíamente, la necesidad de comprenderlos a posteriori, sobre la marcha, en medio del proceso ya ineluctable de los acontecimientos; surgió así acuciosa la necesidad filosófica de comprender estos resultados, o como, con exactitud, nos dice Alberdi, de "legitimarlos por el desarrollo del fun-

damento que les faltaba: por el desarrollo del pensamiento" (*Discurso en el Salón Literario*, 1837, Obras Completas, I, pág. 264, Buenos Aires, 1886). Sólo que, con excepción del enfoque alberdiano, en los intentos de legitimar filosóficamente los resultados de la Revolución de Mayo, ha primado el criterio racionalista y utopista, representado por Sarmiento. Se trata de iluminar una realidad social para aprehenderla en sus caracteres peculiares, no desde un punto de vista extraño a ella, desde el *topos Uranos*, sino desde uno congruente con su desarrollo y factores inmanentes, es decir constitutivos. Esto no se logrará, ciertamente, mediante un juego abstracto de esquemas tomados del iluminismo y del romanticismo, sin percatarse del cambio de perspectiva que exigen hechos distintos y sin tener en cuenta que una cosa es el influjo efectivo que habrían ejercido aquellas posturas ideológicas, y otra la mera superposición externa de su molde doctrinario a la realidad que, así, tan módicamente se pretende explicar; todavía menos se conseguirá indagar y comprender, en su particularidad, tales resultados, la dinámica propia de esta realidad social, si a la tesis del romanticismo, uno de los factores de aquel juego baldío, se la desintegra del positivo aporte, incubado en su entraña, el historicismo, con su bien perfilada idea de *pueblo y nación*. Se cita a Herder, pero se olvida que éste, como verdadero precursor doctrinario del Estado nacional, nos brindó a este respecto algunas verdades, validadas, como tales, hasta hoy.

Sarmiento, en vez de legitimar comprensivamente los hechos, y de reconocer su individualidad histórica, y mostrarnos el cauce que, conforme a los principios y a imperativos de la acción, deben tomar, propone lisa y llanamente abolirlos, suplantarlos por otros. Partiendo de la falsa antinomia de "Civilización" y "Barbarie" y, como bien lo hace notar Alberdi, de la confusión de *campaña* con extensión

desértica, va en derechura a la solución utopista: el mal que aqueja al país es la barbarie (barbarie, *in genere*, aunque piensa en la barbarie política), representada por las campañas, por su población autóctona; hay que eliminarlo, limpiar de él, como de la cizaña, el "desierto" (las campañas), reemplazándolo por lo europeo, que es la civilización. A su vez, para este enfoque tan simplista, la barbarie autóctona es un resabio de la colonia. De donde imaginar al pueblo argentino como civilizado, desde sus comienzos, era pensarlo adviniendo *ex nihilo*, o reemplazado de raíz por una sustancia humana, civilizada, con lo cual ya no sería el pueblo "argentino".

En cambio, Alberdi buscará el principio de legitimación de los hechos, para comprenderlos en su génesis y en su desarrollo; el fundamento que les faltaba se descubre a su mirada como la clave, precisamente, de su producción y del carácter histórico singular del agente productor. Conquistar este pensamiento es, como perfectamente lo vio él, adquirir conciencia de nosotros mismos, de nuestra personalidad nacional. En *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*, escribe: "Es pues ya tiempo de comenzar la conquista de una conciencia nacional, por la aplicación de nuestra razón naciente, a todas las fases de nuestra vida nacional. Que cuando, por este medio, hayamos arribado a la conciencia de lo que es nuestro, y deba quedar, y de lo que es exótico, y deba proscribirse, entonces, sí, que habremos dado un inmenso paso de emancipación y desarrollo; porque no hay verdadera emancipación, mientras se está bajo el dominio del ejemplo extraño, bajo la autoridad de las formas exóticas. . . Depuremos nuestro espíritu de todo color postizo, de todo traje prestado, de toda parodia, de todo servilismo. Gobernémonos, pensemos, escribamos, y proce-

damos en todo, no a imitación de pueblo ninguno de la tierra, sea cual fuere su rango, sino exclusivamente como lo exige la combinación de las leyes generales del espíritu humano, con las individuales de nuestra condición nacional" (Opera cit., I, págs. 111 y 112). Y en el *Discurso* agregará: "Continuar la vida principiada en Mayo no es hacer lo que hacen la Francia y los Estados Unidos, sino lo que nos manda hacer la doble ley de nuestra edad y nuestro suelo: seguir el desarrollo es adquirir una civilización propia, aunque imperfecta, y no copiar las civilizaciones extranjeras, aunque adelantadas. Cada pueblo debe ser de su edad y de su suelo. Cada pueblo debe ser él mismo" (Opera cit., I, pág. 264). Nos parece estar leyendo a Herder: "Querer imponer a una nación, sobre el inmodificado linaje de sus sentimientos, una nueva doctrina y manera de pensar, sin que aquélla se confunda con éstas en lo más mínimo, es por lo general inútil, y, a menudo, también dañoso. La manera de pensar de un pueblo es la floración de sus sentimientos. . .". "Cosa maravillosa y original es lo que se llama espíritu genético y carácter de un pueblo". (*Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit*, 3. Teil., pág. 34, ed. Naumann).

El "carácter de un pueblo", he aquí el hecho básico, que no puede ser sustituido por ninguna construcción teórica. De él surgen una serie de deberes históricos y también el imperativo de su consecutivo cumplimiento.

Preservar la idiosincrasia y autonomía del propio pueblo es tener conciencia de su fundamento espiritual, ver en su originario plasma instintivo y emocional la razón de ser de sus hechos y de su vida toda. La conquista, para nosotros, de una progresiva conciencia nacional es, a la vez, requerimiento patrio y misión ciudadana.

Ser libre para esta misión es imponernos la ley de nuestro propio destino, esa que fluye como vocación, y se revierte como mandato, de nuestra personalidad impermutable.

Sólo en la fidelidad al *karma* pampeano, puliendo el mito de nuestros orígenes nacionales, realzándolo en las creaciones del arte y de la poesía, esclareciéndolo en el pensamiento filosófico, abriéndole cauce en la ciencia y en las instrumentaciones de la técnica, nos será dable promover la continuidad de la estirpe, su florecimiento en renovadas selecciones.

ÍNDICE

Introducción	I
--------------------	---

I

RAÍZ, ESTILO Y PROYECCIÓN DEL HOMBRE ARGENTINO

El hombre argentino es una tarea	5
El ser del hombre argentino	9
El paisaje originario del hombre argentino	13
El contorno físico y humano en función del mito	18
El hombre argentino y su mito	21
El hombre argentino arquetípico	24
El hombre argentino a solas con su destino	25
El <i>karma</i> pampeano	30
La esencia argentina y las generaciones desertoras	34
Los caminos de la deserción	38
Prospección de la comunidad y del hombre argentino	42

II

MARTÍN FIERRO Y EL MITO GAUCHO

I. EN LA FUENTE DEL MITO	51
El Epos pampeano	51
La develación poética del mito	52
El paisaje de "Martín Fierro"	55
Extrañamiento y retorno de Martín Fierro	58

II. COSMOGONÍA GAUCHA	63
La tétrada pampeana	63
Los cánones cosmogónicos	65
<i>Karma</i> búdico y destino gaucho	67
La rueda de la "tardanza"	72
III. LA COSMOVISIÓN POLÍTICA	75
Misión argentina de Martín Fierro	75
Muerte y renacimiento del gaucho	78
Vivencia pampeana de la libertad	82
Bienes que se malbaratan en "secreto"	84
El Viejo Vizcacha y la oligarquía	88
La filosofía del Viejo Vizcacha	91
Las dos muertes de Vizcacha	93
Letra de las ortodoxias y libertad del espíritu	96
Los lineamientos esenciales de la comunidad argentina ..	101
La conquista de una conciencia nacional	106

Se terminó de imprimir el día 30 de noviembre
de mil novecientos cuarenta y ocho, en los
Talleres Gráficos "DENBIGH"
Cnel. Niceto Vega 4868
Buenos Aires